EL TEATRO CONTEMPORÁNEO.

LOS NIÑOS Y LOS LOCOS...

PROVERBIO

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

EUSEBIO BLASCO.

J. M. M.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1877.

LOS NIÑOS Y LOS LOCOS...

OBRAS DRAMATICAS DE EUSEBIO BLASCO.

LA ANTIGUA ESPAÑOLA.. . . Com.ª en cuatro actos en prosa.
LA MUJER DE ULISES. (4.ª ed.) En un acto en verso.
LA TERTULIA DE CONFIANZA. En tres actos en verso.
EL JÓVEN TELÉMACO. (4.ª ed.) Zarzuela en dos actos en verso.
UN JÓVEN AUDAZ. (2.ª edicion.) Juguete en un acto en verso.
EL AMOR CONSTIPADO, . . . - En un acto en verso.
EL VECINO DE ENFRENTE. (Tercera edicion.).. . . . . . . En un acto en verso.
LA SUEGRA DEL DIABLO. . . Zarzuela en tres actos, verso.
PABLO Y VIRGINIA. . . . . . Zarzuela en dos actos en verso.
LOS NOVIOS DE TERUEL.. . . Zarzuela en dos actos en verso.
LOS CABALLEROS DE LA TORTUGA.., ... Zarzuela en tres actos en verso.
EL ORO Y EL MORO. . . . . Comedia en un acto, en verso.
LOS PROGRESOS DEL AMOR. . Zarzuela en tres cuadros, verso
LA SEÑORA DEL CUARTO BAJO. Pasillo cómico en un acto, verso.
EL PAÑUELO BLANCO. (Tercera edicion.). . . . . Comedia en tres actos en prosa.
NO LA HAGAS Y NO LA TEMAS. (Segunda edicion.). . . . . Proverbio en dos actos, prosa.
LA MOSCA BLANCA... . . . . Comedia en tres actos, en prosa.
LOS DULCES DE LA BODA... . Comedia en tres actos, en prosa.
EL MIEDO GUARDA LA VIÑA.. Proverbio en tres actos, prosa.
LA RUBIA. . . . . Comedia en un acto, en prosa.
EL BAILE DE LA CONDESA.. . Comedia en tres actos en prosa.
PASCUALA... . . . . Comedia en tres actos en verso.
LA PROCESION POR DENTRO . Comedia en tres actos en prosa.
PARIENTES Y TRASTOS VIEJOS . Comedia en tres actos en prosa.
LEVANTAR MUERTOS. . . . . Disparate cómico (1). en dos actos.
EL ANZUELO. , ... , . . Comedia en tres actos en verso.
JUGAR AL ESCONDITE.. . . . Juguete cómico en tres actos, en verso
LOS NIÑOS Y LOS LOCOS. . . . Proverbio en 3 actos, en verso.

LIBROS.

OBRAS FESTIVAS EN PROSA.
CUENTOS ALEGRES.
MADRID POR DENTRO Y POR FUERA. (2)
UNA SEÑORA COMPROMETIDA. (Segunda edicion.
ESTO, LO OTRO Y LO DEMAS ALLÁ.
SOLEDADES. (Poesías.)
FLAQUEZAS HUMANAS, cuentos y relaciones.

(1) En colaboracion con D. Miguel Ramos Carrion.
(1) Obra en colaboracion con los principales escritores.

LOS NIÑOS Y LOS LOCOS...

PROVERBIO

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

EUSEBIO BLASCO.

Representado por primera vez, en el Teatro de la COMEDIA el 29 de Setiembre de 1877.

Al eminente actor Rafael Calvo en testimonio de admiracion y amistad

Eusebio Blasco

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1877.

PERSONAJES.	ACTORES.
AURORA................	DOLORES FERNANDEZ.
DOÑA GUADALUPE......	BALBINA VALVERDE.
ANTONIO...............	EMILIO MARIO.
DON CALISTO...........	RICARDO ZAMACOIS.
DON JOSÉ..............	JOSÉ BALLESTEROS.

UNA DONCELLA.—UN CRIADO.

La escena en Biarritz.

A LA MEMORIA

DE

NARCISO SERRA.

Velando á este pobre amigo, enfermo de muerte, procurando hacerle oir palabras que con dificultad llegaban á su oido y entendiéndole por las señas que me hacía, pensaba yo en el éxito que pudiera tener este proverbio, cuya primera representacion juzgaba más peligrosa que todas las de obras mias anteriores.

Hace cerca de un año, cuando fracasó en el teatro Español mi comedia *Hablemos claro*, me escribía Narciso á la mañana siguiente:

Supe la *machacadura*
que te arrimaron ayer;
te está muy bien empleada
y te lo demostraré.
¿Quién te mete á escribir prosa
ni dramas sin interés,
haciendo papeles falsos
y trocando tu papel?
En verso probar podrías
que dos y una no son tres;
lo que en la obra sea amargo
tus versos lo harán de miel,
y aunque el plan siente muy ma
la forma sentará bien.

Hablemos claro, hijo mio, (1)
en las letras hay que ser
ante todo *bien hablado*
y autor de tramas despues,
y el que es poeta de veras
haga verso á toda ley.
Acaba aquel proverbito
que me empezaste á leer,
donde hay aquella letrilla
de la infancia y la niñez,
digna de nuestro maestro
el insigne don Manuel, (2)
y no te metas en trotes
cuando no puedas correr.
¡Yo era de caballería
y al cabo me retiré!
Adios; y si estás muy triste
ya saldrás bien otra vez,
que *los toros dan y quitan*
como me dijiste ayer,
y á fuerza de cien cogidas
se aprenden los volapiés.
Yo sigo en la tronadura
que tú conoces muy bien,
y con un dolor de estómago
que no me puedo tener.

Este romance, escrito por Narciso á vuela pluma, me consoló del fracaso y me animó á terminar el proverbio presente, representado por extraña coincidencia dos dias despues del entierro del ilustre amigo.

---

(1) Narciso me llamaba siempre *hijo mio* en la broma de la conversacion familiar y yo á él *hijo de mi alma*; y esta frase cariñosa fué la última que dijo en su vida al despedirse de mí la tarde del 26 de Setiembre de 1877.

(2) Breton de los Herreros.

Sirvan estas líneas de recuerdo al insigne poeta, con cuya amistad me honré tantos años y del cual he aprendido mucho. Mi incorreccion de hace algunos años, él me la ha modificado, repitiéndome siempre que leíamos algun primer acto (son palabras que nunca se me olvidan): «Hijo mio, esta ensalada es deliciosa, pero está »sin aliñar; trabaja, hombre, trabaja, no dés los versos »de primera intencion, aprende lo que á mí me ha ense»ñado don Juan (1): hay que corregir los versos aunque »duela; lo difícil es corregirlos sin que pierdan natu»ralidad...»

Representado este proverbio que, como ha dicho muy bien un periódico, es una obra *sui generis*, he visto confirmada por el público la opinion del autor de *Don Tomás* respecto de varias escenas, y la benevolencia del auditorio que, prescindiendo del fondo de la obra, no la ha juzgado sino como trabajo de estilo, me obliga con mis espectadores á gratitud indeleble.

---

(1) Hartzembuch.

ACTO PRIMERO.

Sala baja en un hotel particular en Biarritz.

ESCENA PRIMERA.

D. JOSÉ, ANTONIO.

ANTONIO. Nada, tio, no transijo.
JOSE. Sobrino, eres un babieca!
ANTONIO. ¡Tio, es usted un tirano!
JOSE. Soy un hombre de experiencia.
ANTONIO. Yo soy dueño de mí mismo.
JOSE. No señor!
ANTONIO. Pues bueno fuera...
JOSE. Soy tu tutor...
ANTONIO. Sin embargo...
JOSE. Tu curador.
ANTONIO. Vengan pruebas.
¿Es usté mi curador?
Pues cúreme usted mis penas.
JOSE. No, que eres tonto, y no hay droga
para curar la simpleza.
ANTONIO. ¡Tio!
JOSE. ¿No eres heredero
de una fortuna muy buena?

No puedes pasar la vida
sin dolores de cabeza,
comiéndote en cualquier parte
tus rentas?

ANTONIO. No quiero rentas.

JOSE. Tu capital...

ANTONIO. Lo desprecio.

JOSE. ¡Cuántos tenerlo quisieran!

ANTONIO. Mas quisieran disfrutarlo
con álguien, y no en la estrecha
comodidad del que solo
piensa en sí mismo y no piensa
en hacer feliz á nadie
con egoista existencia...
Un hombre solo es un hongo!

JOSE. ¡Antonio!

ANTONIO. Pero que sepa
yo á lo ménos á qué vuelvo
á Biarritz!

JOSE. Porque lo entiendas
te he llamado...

ANTONIO. Ya el otoño
con su fresca brisa empieza
á arrancar hojas al árbol
y á arrastrarlas, mústias, secas,
como ilusiones perdidas
segun decía el poeta.
El mar ayer tan sereno,
hincha sus olas, se altera,
y con su sordo rugido
amenazando á la tierra,
parece que va á inundarnos
segun avanza y se encrespa.
Á las brisas del estío
suceden ya las mareas
que alejan á los que vienen
buscando salud y fuerzas,
en las ondas cristalinas
que la orilla amantes besan.
Retornan á sus hogares
las alegres madrileñas,
las parisiensas graciosas

y las severas inglesas,
y Biarritz pierde el encanto
de la estacion veraniega,
quedando aquí solamente
esas familias modestas
que han de pasar el invierno
más barato en la frontera,
viendo llover cuatro meses
y haciendo vida de regla.
¿Á qué he venido yo aquí?
¿Por qué cuando yo quisiera
ir á Madrid, donde ahora
que han empezado las ferias
empieza la animacion,
la alegría, las comedias,
los salones, los paseos,
y los bailes y las fiestas,
me escribe usted: al momento
en que recibieres esta,
saldrás de San Sebastian
y vendrás á la frontera?
¿Qué se me ha perdido aquí,
señor tio?

JOSE. ¡La cabeza!

ANTONIO. Pues y esto es algun puchero
de Alcorcon? (*Tocándose la cabeza.*)

JOSE. Tal vez lo sea!
Hablemos claro.

ANTONIO. Eso pido.

JOSE. Pero es que tú no me dejas!
¿Cuántos años tienes?

ANTONIO. (*Despues de mirarle un poco.*) Cuatro.

JOSE. ¿Qué estás diciendo?

ANTONIO. En tutela
me tuvo usté hasta los veinte
entre colegios y escuelas,
diciéndome que hasta el dia
en que los veinte cumpliera
ni era hombre, ni del mundo
se me abrirían las puertas:
hasta esa edad he vivido
sujeto, y siempre entre rejas,

y hasta ser mayor de edad
me ha tenido usté en tutela,
luego los cuatro que llevo
de libertad verdadera,
son los cuatro años que vivo
aunque tengo dos docenas.

JOSE. ¿Qué has hecho en esos cuatro años?

ANTONIO. No me acuerdo.

JOSE. Sí te acuerdas!
No has hecho más que el amor.

ANTONIO. El amor es cosa hecha;
yo no hago más que probármelo...

JOSE. Justo, como una chaqueta,
y así te va.

ANTONIO. Psth! Unas veces
me está ancha, y otras estrecha,
pero es prenda necesaria,
y hay que vestirla por fuerza.

JOSE. No perdamos tiempo en frases.
Dime, sobrino, en qué piensas?
qué haces? Qué es lo que tú crees?
Qué determinas? ¿qué intentas?
¿Adónde vas á parar
con tus extrañas rarezas?
Yo á educarte para hacer
de tí un hombre de experiencia,
y tú á ser un botarate
pudimos hacer apuesta.
No hay faldas que tú no busques,
ni hembra á quien tú no pretendas,
ni muchacha á quien no pidas,
ni mujer á quien no quieras.
Tú no tienes más deseo
que casarte con cualquiera,
y así, de golpe y zumbido
sea á tuertas ó derechas.
De Sevilla me escribiste
cuando te fuiste á la feria,
que te casabas con una
señora de muchas prendas,
y si no voy á buscarte
das tu fortuna y tus rentas

á la que resultó ser...
una señora prendera.
Te fuiste á Cádiz, y al punto
pediste con toda urgencia
la mano de una viudita
medio blanca medio negra,
que resultó ser mulata
y tener una muleta!...
Tambien lo evité, y á poco
vas á Madrid y te pesca
en sus redes una pícara
corista de la Zarzuela,
ordinaria, záfia, torpe,
nacida en una plazuela,
y decía, *nesecito*,
y *apetezgo* y *diferiencia*,
y cuando cantaba sola
se apagaba la lucerna.
La conquistaste á regalos,
fuiste á casarte con ella,
le regalaste el equipo
que te costó una talega,
y un dia te dijo: *güélvo*...
y se fué con otro... á Huelva!
Pues no escarmentaste: á poco
nuevo bodorrio proyectas
con la sobrina de un
administrador de rentas,
y la ofreces diez mil duros
de dote, y el tio aprieta,
y si no te llevo á Francia
te devoran como fieras.
¡Pues y en Francia? Tú has querido
ser marido de cincuenta
mujeres y has dado á un tiempo
tu palabra á todas ellas.
¿Y en Lóndres? Pero á qué voy
tan léjos, cuando proyectas
casarte en San Sebastian
con una jamona tuerta
que tiene un ojo de vidrio
y otro pegado á una oreja?

Por eso te hago venir
y has de estar, aunque no quieras,
á mi lado eternamente
para evitar que te pierdas,
porque si te dejo solo
sé que te casas, y es fuerza
que persona á quien yo estime
lo retarde cuanto pueda,
porque el hombre que se casa
no sabe lo que se pesca!
(Antonio se queda mirando al suelo meditabundo y luego dice:)

ANTONIO. ¿Ha acabado usted?
JOSE. Sí tal.
ANTONIO. ¿Puedo hablar?
JOSE. Dí cuanto quieras.
ANTONIO. Usted sólo me echa en cara
mis novias pobres ó feas,
pero olvida usted nombrarme
las bonitas y las buenas.
¿Y Pilar? ¿No era un encanto?
¿Y Luisa? ¿No era hechicera?
¿Y Dolores? ¿No era rica?
¿Y Fernanda? ¿No era buena?
¿Y aquella salamanquina
que me sacó de las ruedas
cuando volcamos del coche
de Salamanca á Ledesma?
¿Y mi prima Nicolasa
que me asistió en las viruelas
que tuve, mientras ustedes
se fueron á media legua?
¿Y la vecina de Cádiz
con aquellas trenzas negras
y aquellos ojos tamaños
y aquellas megillas frescas
y aquellos piés diminutos
y aquellas manos pequeñas
y aquel corazon tan franco
y aquel alma tan sincera?
¿Y la Suiza de Biesbaden?
¿Y la rusa de Ontaneda?

¿Y la niña de don Lúcas?
Pues ¿y aquella cocinera
que usted tuvo, que me hacía
con lágrimas las chuletas?
¿Y Felipa? ¿Y Guadalupe?
¿Y Casilda? ¿Y Enriqueta?
¿Y Leonor? ¿Y Concha Perez?
¿Pues y la viuda de Estéban?

JOSE. (Imitándole.) Pues... y las once mil vírgenes
que me han escrito que llegan
mañana por la mañana
todas á ver si te pescan?
Si no mirara... (Amenazándole.)

ANTONIO. Sí, tio!
Yo amo á la mujer por bella,
por sensible, por hermosa,
por amante, por discreta,
porque es el alma del mundo
del hombre la compañera,
la que al hombre glorifica...

JOSE. Justo, y la que se la pega!

ANTONIO. Usté las odia.

JOSE. De muerte.

ANTONIO. Yo las amo.

JOSE. Norabuena,
más sin casorio...

ANTONIO. No puedo
remediarlo: si me petan
quiero que sean por siempre
mias, en union eterna;
mi mitad, ser de mi ser,
de mi corazon las dueñas
y porvenir de mi casa
y sosten de mi existencia.
Mi padre fué cuatro veces
marido...

JOSE. Pudo con ellas.
Yo con una hace veinte años
que estoy en perpétua guerra,
y á cada nuevo disgusto
se va poniendo más gruesa.

ANTONIO. Yo tengo madera de hombre

casado!

JOSE. Mala madera.
Debe ser de chopo.

ANTONIO. Tio!

JOSE. De acebuche!

ANTONIO. Que lo sea!
¿Prefiriera usted que hiciera
vida de hombre calavera
y pretendiera casadas
y sedujese solteras?
¿No soy rico? ¿No me es fácil
hacer feliz á una buena
muchacha...

JOSE. Goza del mundo,
que el mejor dia te pescan
y verás!...

ANTONIO. En fin, quedamos
en que me quedo?

JOSE. Te quedas.

ANTONIO. ¿Cómo está esto de mujeres?

JOSE. No hay más que la mia, y esa
es mia y no tiene tiempo
mas que para darme guerra.

ANTONIO. Yo buscaré...

JOSE. Eres un niño!

ANTONIO. Yo necesito una nueva
confidente de mis ánsias,
ya que ustedes no me dejan
seguir en las relaciones
que tenía con Teresa.
¡Teresa! Si un ojo sólo
me flechó, ¿qué sucediera
si hubiera tenido entrambos
en uso!

JOSE. (Viendo el equipaje de Antonio.)
¿Qué ropa es esta?

ANTONIO. El equipo que he comprado
en Bayona para ella.

JOSE. ¿Para quién?

ANTONIO. Para la novia...

JOSE. Te estás gastando tu hacienda
equipando señoritas

que explotan tu inexperiencia!

ANTONIO. Yo soy dueño de lo mio,
ya he salido de tutela,
gasto en lo que me parece!

JOSE. Ya ajustaremos tus cuentas.

ANTONIO. Ya es hora, tio, ya es hora;
no sé cómo está mi herencia.
Si un dia me caso...

JOSE. ¡Dale!
(¡Si se casa me estropea!
Yo me he jugado enterita
su fortuna á la ruleta!)

ANTONIO. Cuál es mi cuarto?

JOSE. Ese.

ANTONIO. Bueno.
¿Se come ..

JOSE. Á las seis y media.

ANTONIO. ¡Teresa del alma mia!

JOSE. (Despues de todo es de cera,
se hace de él lo que se quiere.) (Se va.)

ANTONIO. Quién será mi novia nueva?
¡Oh mujeres! Sin vosotras...
¿qué sería la existencia?
el que no haya amado nunca,
á qué ha venido á la tierra?
(Meditabundo y disponiéndose á retirarse.)
¡Qué bonitas son las rubias!
¡Qué guapas son las morenas!
¡Pues y las castañas? Digo!
¡Digo! Pues y las trigueñas?
(Dijo los cuatro versos anteriores cogiendo á cada verso un objeto distinto; la maleta, los bastones, la sombrerera y una cartera de viaje. Cuando se dispone á marcharse cae por la ventana un papel.)
¡Un papel! ¡Hola! Aventura?
¿Andará mi tio en ella?
(Leyendo.) «Para el viajero.» El viajero
soy yo, y aunque no lo sea...
nadie me vé... ¡qué bien huele!
(Abre la carta y lee el primer renglon que dice:)
«Lee, calla, mira y piensa.»
(Manifestando asombro, y despues de mirar á to-

dos lados, se acerca al público y lee despacio y marcando las frases.)

»El hombre, rey de la tierra,
»dueño de sus impresiones,
»conquista los corazones
»en toda amorosa guerra.
»La mujer, cuando ha de amar,
»no puede su amor decir,
»y aunque lo llegue á sentir
»no lo debe declarar.
»De su albedrío en desdoro
»y de su pasion en mengua
»manda callar á su lengua
»la eterna ley del decoro.
»Y mientras el hombre osado
»miente á ciento amor sin hiel,
»la que nació para él
»está sufriendo á su lado
»sin que la vaya á buscar
»el ingrato desabrido.
»¡Ay! la mujer ha nacido
»para sentir y callar!»

(Se queda muy pensativo, y despues, dirigiéndose al público y como reflexionando, dice:)

¡Pues es verdad! Ello es
que yo y otros mil buscamos
por donde quiera que vamos
con desusado interés
una mujer, compañera
de nuestra existencia amarga,
que ayude á llevar la carga
de esta vida pasajera,
y luégo, despues de unidos
batallan los caractéres...
¡por eso hay tantas mujeres
que burlan á sus maridos!
¿No es fácil equivocarse
cuando creyendo quererse
no se llega á comprenderse
aunque no deje de amarse?
No hay distintos pareceres
y corazones heridos...

Por eso hay tantos maridos
que engañan á sus mujeres!
Esta carta... es para mí!
luego en tantas novias yo
no he visto la mia? No,
bien me lo dicen aquí.
En verdad que es triste cosa
que una mujer que estará
muerta por mí y que verá
mi condicion amorosa,
no pueda en un... *achuchon*,
decírmelo francamente.
¡Oh, sexo sin proteccion!
mujeres las de alma ardiente,
tienen ustedes razon!

ESCENA II.

ANTONIO, DOÑA GUADALUPE.

GUADAL. ¡Sobrino!
ANTONIO. (Guarda la carta.) Mi tia. Hola!
Tia Guadalupe.
GUADAL. Qué tal?
Vienes cansado?
ANTONIO. Tal cual.
Está usted hecha una bola!
No la hubiera conocido.
GUADAL. Vejeto...
ANTONIO. Ya!
GUADAL. Como y duermo,
y estoy hecha un estafermo
como dice mi marido.
ANTONIO. Ya le he visto.
GUADAL. Sí; lo sé.
ANTONIO. Me ha reñido.
GUADAL. No es extraño.
Tu tio siempre está huraño.
ANTONIO. Sobre todo con usté.
GUADAL. Es natural.
ANTONIO. No lo veo.
Usté es buena...

GUADAL. Pero él gruñe.
ANTONIO. Él á usté aunque refunfuñe
la quiere mucho.
GUADAL. Tal creo.
ANTONIO. ¿Pues por qué tiene ese afán
de hablar mal del matrimonio
y de usted?
GUADAL. Sobrino Antonio,
sus años te lo dirán.
Ve á descansar, que el camino
te debe tener cansado.
ANTONIO. Usté no me ha contestado
y yo no soy adivino.
GUADAL. Ya sé que quieres casarte!
Haces bien.
ANTONIO. Usté lo aprueba?
GUADAL. Y si tomaras á prueba
la esposa que has de llevarte...
ANTONIO. Tia! Por Dios!
GUADAL. Oh, sí á fé,
y no lo eches á barato.
El matrimonio ¿es contrato
ó es pasion?
ANTONIO. Yo no lo sé.
GUADAL. Que es contrato los legistas
nos dicen, y hembras casadas
son mujeres contratadas
y vosotros contratistas.
El hombre, que es perro viejo,
saca partido del yugo,
y así nos sacais el jugo
y nos quitais el pellejo.
ANTONIO. Yo no! Yo amo á la mujer,
por eso pienso en casarme.
GUADAL. Eso es querer consultarme?
ANTONIO. Tia, bien pudiera ser.
Mi tio con terco empeño
me quita la vocacion...
GUADAL. Él juzga tu corazon
por el suyo, que es pequeño,
incapaz de comprender
lo que es amar y sentir,

y callar y transigir
y perdonar y querer.
En su alma degenerada...

ANTONIO. Qué tono! Tia, qué escucho?

GUADAL. No, si yo le estimo mucho,
pero no le quiero nada!

ANTONIO. Un matrimonio más raro
no he visto.

GUADAL. Pues con fijarte
los verás en cualquier parte,
que eso se ve siempre claro.
Tú encontrarás por ahí
mujer á quien tú querrás,
pero tú, cómo sabrás
si ella siente amor por tí?

ANTONIO. Si une á mí su vida entera
cómo ha de ser engañosa?

GUADAL. El casarse es una cosa
y otra el hallar compañera.

ANTONIO. Pues cuando usté se casó
entregando su albedrío,
no amaba usted á mi tio?

GUADAL. Pues ya lo creo que no!

ANTONIO. Me da usté miedo! Esto es grave!
Amaba usted á otro?

GUADAL. Sí.
Vieja y todo aún late aquí.
(Señalando al corazon.)

ANTONIO. Eh!

GUADAL. Tonto, si él no lo sabe!

ANTONIO. Qué cosazas! ¡Yo me asusto!

GUADAL. Calla, por Dios!

ANTONIO. Y él no ve...

GUADAL. Ni verá.

ANTONIO. Cuénteme usté...

GUADAL. Por qué no? Con mucho gusto.
Yo amaba con hondo fuego
en secreto, ciegamente,
con pasion grande y vehemente
á un escribano manchego.
Tu pobre padre, mi hermano,
le trajo á casa, y entraba

diariamente; bailaba
conmigo, tocaba el piano...
En union de la Francisca
tu madre, y tu tio Miguel,
tengo jugado con él
mucho dinero á la brisca.
En ese juego es costumbre
hacer señas, somos niños!
Yo le hacía muchos guiños
y el hombre no daba lumbre.
Nunca llegó á adivinar
lo que yo decir quería
y yo perdía, perdía...
¿cómo había de ganar?
Seis años de este perder
fueron para mí de angustia,
y siempre estaba muy mustia
y sin ganas de comer.
Y viendo que él no leia
ni en mis ojos ni en mi cara
aquella dolencia rara
que el alma me consumía,
me convencí á mi despecho
de que al hombre engañador
le gusta hacer el amor
y no encontrárselo hecho.
Él á todas requebraba
y por todas se moría,
á mí cuando me veía
apenas me saludaba.
Viendo al fin otras tan buenas
como yo á otros mil pescar
y que al fin me iba á quedar
para vestir Magdalenas,
mujer al fin, ¿ya qué espero
dije, para hallar marido?
Me dijo tu tio, *envido*
y yo le respondí, *quiero*.
Y no vayas á creer
que sin gustarme mi esposo,
no tal, era muy gracioso
y hombre de mucho valer,

y me cautivó á su modo
y nunca en él ví desvío,
pero... como no era el mio
nunca le quise del todo!

ANTONIO. Y el escribano?

GUADAL. Casó
con otra...

ANTONIO. Que le querrá?...

GUADAL. Él se lo figurará.

ANTONIO. Y será feliz.

GUADAL. Ó no.

ANTONIO. Luego es verdad que en el mundo...

GUADAL. Las hembras, callamos, vemos,
y nos dan y no escojemos.

ANTONIO. Oh! axioma cierto y profundo!
Usted ha escrito un billete
que acabo de recibir!

GUADAL. No; yo dejé de escribir
el año de treinta y siete.

ANTONIO. No ha sido usted...

GUADAL. No; ya sabes
por qué gruñen estos viejos,
aprovecha mis consejos
y calla estas cosas graves.
Vete ahora á descansar
hasta la hora de comer.

ALTONIO. Dònde estará esa mujer
que me ha de proporcionar...

GUADAL. Búscala bien.

ANTONIO. No la encuentro.

GUADAL. Adivina.

ANTONIO. No adivino.

GUADAL. Yo te allanaré el camino.

ANTONIO. Voy á descansar ahí dentro.
(Al público.)
Si alguna de ustedes ve
que le gusta mi palmito...
dígamelo por escrito,
que yo le contestaré.

ESCENA III.

DOÑA GUADALUPE.

Mi sobrino al fin caerá
en las redes de cualquiera
muchacha que no le quiera
y que se lo fingirá.
Pues son verdades sabidas
por personas desgraciadas,
que hay muchas gentes casadas
pero muy pocas fundidas.

ESCENA IV.

DOÑA GUADALUPE, D. JOSÉ.

GUADAL. Pepe, me alegro de verte.
JOSE. Pues es la primera vez.
GUADAL. Tal vez sea la primera,
pero hay motivo.
JOSE. Y cuál es?
GUADAL. Antoñito está agraviado
contigo.
JOSE. Sí, ya lo sé.
GUADAL. Le exasperas.
JOSE. No, le salvo.
GUADAL. Yo le defiendo.
JOSE. Tú?
GUADAL. ¡Pues!
JOSE. Entónces con eso basta
para que no haya cuartel.
Ya sabes nuestro convenio
desde el año treinta y tres:
tú harás lo que yo te mande
y yo lo que me esté bien;
por eso soy yo el marido.
por eso eres la mujer.
GUADAL. Antonio se ha de casar
algun dia.
JOSE. Ya lo sé,

pero cuanto más lo piense
mejor lo hará.

GUADAL. Eso no á fé.
Si yo lo hubiera pensado,
nunca me casára.

JOSE. Pues.
Y yo por pensarlo mucho
dí contigo.

GUADAL. Dicha fué,
porque si dieras con otra
ya estuvieras...

JOSE. Dí, mujer,
va á repetirse la escena
cotidiana?

GUADAL. No lo sé,
pero quiero prevenirte
una cosa.

JOSE. Á ver cuál es.

GUADAL. Yo protejo todo amor
de Antoñito.

JOSE. Tú? Y por qué?

GUADAL. Sólo porque tú te opones,
no tengo más interés.

JOSE. Le sacaré de esta casa.

GUADAL. Bueno, yo le seguiré.

JOSE. Le indispondré con sus novias.

GUADAL. Yo aclararé tu doblez.

JOSE. Y le sacaré de Europa.

GUADAL. Corriente, me embarcaré.

JOSE. Y en fin... como eres capaz
de todo...

GUADAL. Conoces bien
mi *idiosincracia*.

JOSE. Por eso
te voy á hablar de una vez
con claridad y en reserva
y fíjate en esto bien.
El testamento del padre
de Antonio...

GUADAL. Mi hermano Andrés,
que se casó cuatro veces,
y si no se casó diez,

fué porque no le dió tiempo
la salud de su mujer.

JOSE. Pues bien, en su testamento
me encargó...

GUADAL. Lo sé, lo sé;
te hizo curador de Antonio...

JOSE. Pero ordenándome en él,
que el dia que se casára
Antoñito...

GUADAL. Vamos, qué?

JOSE. Le entregára su fortuna
entera...

GUADAL. ¿Y no lo has de hacer?

JOSE. El mismo dia! lo entiendes?

GUADAL. Sí, lo comprendo muy bien.

JOSE. Pues esa inmensa fortuna
de que debo responder...
me la he jugado en dos años.

GUADAL. ¡Jesús!

JOSE. Y por esto ves
que yo combato cualquiera
boda pensada por él,
porque si llega ese dia
y él quiere, segun la ley
y segun el testamento
de su padre, hará tal vez
que en ménos que te lo cuento
vengas á ser la mujer
de un marido deshonrado...

GUADAL. De lo que me alegraré.

JOSE. ¡Guadalupe!

GUADAL. Cuarenta años
que llevo tragando hiel,
oyendo tus improperios,
sufriendo tu estupidez
y siendo como es costumbre
entre marido y mujer,
cuando se hacen casamientos
solo por vil interés,
yo la víctima y tú el déspota,
sin llegar á comprender
ni tú mi carácter dulce

ni yo el tuyo, que es de hiel,
todo junto me lo pagas,
queridísimo José.

JOSE. ¡Guadalupe!

GUADAL. Qué alegría
vengo á hallar en mi vejez!

JOSE. Te voy á matar.

GUADAL. ¡Socorro!

JOSE. ¡Tigre! ¡Hiena!

GUADAL. ¡Tente!

JOSE. Haré...

GUADAL. ¡Socorro!

ANTONIO. (Saliendo.) ¿Pero qué pasa?

JOSE. ¡Silencio!

ANTONIO. ¿Pero qué es?

GUADAL. Nada, llamo á mi doncella,
¡Socorro!

LA DONCELLA. ¡Mándeme usted!

ESCENA V.

DICHOS, ANTONIO, la DONCELLA.

ANTONIO. ¡Ah!

GUADAL. Sigue echando tu siesta. (Á Antonio.)
Lo caso! (Ap. á D. José.)

JOSE. Veremos.

GUADAL. Bien.
Ven, Socorro.

ANTONIO. ¡Vaya un nombre!

GUADAL. Adios, hijo, hasta despues.

ANTONIO. No puedo dormir, no puedo
cómo averiguar podré...
Y ella no duerme tampoco,
es claro! Pobre mujer!
Dios mio, que se presente
que yo la prepararé!

ESCENA VI.

AURORA, con un aya.

No hay nadie, dice el portero
que á estas horas nadie habrá
y yo de Bayona á Biarritz
vine burlando á papá
y sin que nadie supiera
que salí.
Ya estoy en su propia casa!
(Al aya.) Espéreme usted allí. (El aya se va.)
Mi padre llama locura
lo que yo sintiendo estoy;
si es locura esta tortura
loca soy.
Si me vieran... ¿y á qué vengo?
qué fuerza me hizo pasar
la puerta de ajena casa
y aquí entrar?
Le quiero... le quiero tanto
que si pudiera mi boca
decírselo cual lo siente:
mi corazon... estoy loca!
Y él sin verme, sin mirarme
jamás, esté donde esté!
pero quién le dice á un hombre
¿por qué no me mira usté?
Asomada á la ventana
que da sobre el bosque umbroso,
veo yo siempre á una anciana
de aspecto tan bondadoso,
que fiada en la nobleza
de su faz,
vengo decidida á hablarla
y aquí en secreto rogarla
que me ayude á hallar la paz.
Será su madre? de fijo
mi amor comprender sabrá,
y al ver que quiero á su hijo

con amor me mirará.
¿Qué dirá
de mi loco atrevimiento?
comprenderá lo que siento?
ay de mí...
Siento ruido... es ella... ay cielos
ya está aquí!

ESCENA VII.

DOÑA GUADALUPE, AURORA.

AURORA. ¡Ay!
GUADAL. ¿Quién es?
AURORA. ¡Cielos, valor!
GUADAL. ¡Una niña! Y muy galana!
AURORA. (Esta es la atractiva anciana.)
GUADAL. No sé á quién tengo el honor...
AURORA. Yo soy... yo vengo... (Ea, Aurora,
todo quiere comenzar.)
Las puertas voy á cerrar
y á hablar con usté, señora.
GUADAL. Las puertas... Jesús me valga!
AURORA. Como he de hablar en secreto,
y hasta el aire es indiscreto,
no quiero que de aquí salga.
GUADAL. Qué va á hacer?
AURORA. En testimonio
de sinceridad un beso.
GUADAL. Pero, niña! ¿Á qué viene eso?
AURORA. Usté es la madre de Antonio.
GUADAL. Casi casi; soy su tia,
y le quiero mucho, mucho.
AURORA. Más le quiero yo.
GUADAL. Qué escucho?
Explíquese usté, hija mia.
AURORA. Le quiero y le quiero en vano,
y decirlo yo está mal.
GUADAL. Vamos, otro caso igual...
AURORA. Á cuál?
GUADAL. Al del escribano!

Diga usted.

AURORA. Un padre austero
que lo que debo hacer sabe,
me dice que es cosa grave
decirle á un hombre «te quiero.»

GUADAL. Así me lo enseñó á mí
mi padre, que en gloria esté.

AURORA No le habrá pasado á usté...

GUADAL. Niña, lo mismo que á tí.

AURORA. ¡Me tutea!

GUADAL. Ya te quiero
viendo tu amoroso apuro.

AURORA. Pero es que usted de seguro
tendría algun consejero,
alguna amiga á quien dar
cuenta de su pena; á mí...

GUADAL. Niña, lo que yo sentí
me lo tuve que tragar.

AURORA. Pero al ménos animada
por femeniles amaños...

GUADAL. Hija mia, á los quince años
no se le ocurre á una nada.
Se siente, se ama, se quiere,
y al fin de una lucha sorda
la que se domina engorda,
la que se entrega se muere.
La niñez no está maleada;
sólo á mi edad se adquirió
la malicia que ahora no
me sirve ya para nada,
porque al fin de mi carrera
qué he de hacer que me interese?

AURORA. ¡Ay, si la niñez supiese!

GUADAL. ¡Ay! si la vejez pudiera!

AURORA. Pues ya que nos encontramos,
sírvame usted de Mentor.

GUADAL. Niña, en asuntos de amor
las hembras nunca ayudamos.
Yo te podré aconsejar,
me hallarás siempre propicia,
mas tengo tanta malicia
que te he de perjudicar.

Si todo lo que he aprendido
á costa del sentimiento
pudiera yo en un momento
infundirlo á un ser querido,
crearía... una ficcion,
una mujer que sabría
mucho; pero, ay, hija mia,
no tendría corazon!

AURORA. Pero usted, válgame Dios,
vive sin él?

GUADAL. Lo he perdido;
se lo entregué á mi marido
el año de treinta y dos.
Si hoy con él sentir pudiera
tal vez á nadie lo diese.
Ay, si la vejez pudiese!

AURORA. Ay, si la niñez supiera!

GUADAL. ¿Qué quieres saber?

AURORA. El modo
de declarar mi pasion
sin faltar á mi opinion,
que debo amar sobre todo.

GUADAL. Así nos han educado!
y han hecho bien por supuesto,
que si no fuera por esto,
dónde habríamos llegado?

AURORA. Usted cree...

GUADAL. Que es ley dura;
pero si hollando deberes
habláramos las mujeres
con masculina frescura,
cómo sentimos mejor
las amorosas manías,
en ménos de quince dias
sería el mundo un horror.
¿Le amas?

AURORA. ¡Oh, sí!

GUADAL. Y eres recta
y comprendes tu deber?
Pues házselo comprender
de una manera indirecta.

AURORA. No lo entiende!

GUADAL. Y quién le dice...
AURORA. Me huye!
GUADAL. Parece mentira.
Mírale.
AURORA. Si él no me mira!
GUADAL. Escríbele.
AURORA. Ya lo hice.
GUADAL. Yo se lo diré.
AURORA. ¡Oh, qué horror!
GUADAL. Por qué!
AURORA. Puede no quererme,
y puede corresponderme...
GUADAL. Ya! por hacerte un favor.
AURORA. Eso es.
GUADAL. Niña, no eres tonta.
Yo á tu edad no discurría
tan hondo.
AURORA. ¿Qué inventaría
quien á todo se halla pronta?
GUADAL. Á ser yo jóven y hermosa,
con mi añeja ciencia humana
le haría el amor mañana,
me fingiría celosa,
él no sabría de quién,
yo tu nombre ingeriría
en una frase, y diría
«bien comprendo tu desden!
»como de otra, (de tí) tienes
»preso el corazon amante
»de entrambas te ves triunfante
»y granjeas tus desdenes.»
Así le haría saber
que tú por él te morías;
pero estas ideas mias
no las dés á conocer,
porque á tu edad es impropio,
y acaso lo descompongas
y á otra que se lo propongas
lo hará en beneficio propio;
yo que lo hiciera con gusto
lo pienso bien, hija mia,
cuando ya mi alma está fria

y mi corazon vetusto,
y en fin, que mal que nos pese
no hemos de hallar la manera.
Ay, si la vejez pudiera!

AURORA. Ay, si la niñez supiese!

GUADAL. No hay remedio.

AURORA. He de morir
sin poderlo declarar,
cuando acabo de encontrar
quien sepa cual yo sentir?

GUADAL. Me interesas.

AURORA. Qué tortura!

GUADAL. Díselo á tu padre.

AURORA. No!
Ya le he consultado yo.
Inventando una aventura,
le dije que una mujer
al alma asomó á la boca,
y él me respondió:—Está loca
ó no entiende su deber.

GUADAL. (Despues de pensar un momento.)
Loca! Sí! ¿Tú amas á Antonio?

AURORA. ¡Con pasion!

GUADAL. Si tú me dejas
te he de probar que las viejas
somos el mismo demonio.

AURORA. ¡Bendito sea ese acento!

GUADAL. Déjate guiar por mí.
Desde el principio advertí
que tienes mucho talento.

AURORA. No señora.

GUADAL. Ello dirá,
yo te supongo arriesgada.

AURORA. Yo no me asusto de nada
si usted ánimo me da.

GUADAL. Yo á tu edad fuí más cobarde.

AURORA. Es que los tiempos progresan.

GUADAL. Á mí los años me pesan.

AURORA. Nunca para el bien fué tarde!

GUADAL. Te admiro.

AURORA. Yo á usted me entrego.

GUADAL. ¿Tendrás valor?

AURORA. Para todo.
GUADAL. ¿Dudarás?
AURORA. De ningun modo.
GUADAL. Yo soy la nieve.
AURORA. Yo el fuego!
GUADAL. Yo sólo puedo tramar.
AURORA. Y yo sólo sé sentir.
GUADAL. Yo te podré dirigir.
AURORA. Pues yo sabré ejecutar.
GUADAL. Tú eres la pasion naciente.
AURORA. Y usted la razon que enfrena.
GUADAL. Tú debes de ser vehemente.
AURORA. Y usted debe ser muy buena!
GUADAL. Juntas vamos á emprender
con la razon fiera lidia.
AURORA. Usted me mandará hacer...
GUADAL. ¡Y tú me darás envidia!
AURORA. Sea de ello lo que quiera
hállese una vez manera
de que franco amor se exprese.
Ay, si la niñez supiese!
GUADAL. Ay, si la vejez pudiera!
(Se van cogidas del brazo.)

ESCENA ÚLTIMA.

ANTONIO.

Con un quitasol debajo del brazo.

Decidido á hallar la prójima
cuyo corazon es mio,
y resuelto á que el estólido
de mi respetable tio
no me venga con andróminas
ni mande en mi corazon,
voy á correr el perímetro
de esta alegre poblacion.
Y como un prudente cálculo
me pueda dar una idea,
de quien pueda ser mi cónyuge
y no me parezca fea,

¡oh tio Pepe! armo un escándalo
y le hago á usted comprender
su deber.
¡No vuelvo al hogar doméstico
sin mujer!
(Abre el quitasol y se va.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

D. CALISTO, el CRIADO.

CALISTO. Avise usted al señor
ó á la señora: aquí espero.
CRIADO. Si me hace usted el favor
de su nombre, caballero...
CALISTO. No hace falta, diga usté
que ha venido aquí en persona,
para ver á don José
un vecino de Bayona.
CRIADO. Usted le conoce?
CALISTO. No.
CRIADO. La señora viene aquí.

ESCENA II.

DICHOS, DOÑA GUADALUPE, AURORA, que se queda á la puerta.

GUADAL. Espérate aquí, que yo
vendré muy pronto por tí.
AURORA. Lo tendré todo dispuesto
entretanto.

GUADAL. Así es mejor.
AURORA. Voy entónces. Uf! (Viendo á D. Calisto. Se va.)
GUADAL. Qué es esto?
CRIADO. Aquí viene este señor...

ESCENA III.

DOÑA GUADALUPE, D. CALISTO (1).

CALISTO. Estoy á los piés de usté.
GUADAL. Servidora. (Quién será?)
CALISTO. ¿Está el señor don José?
GUADAL. Sí señor, ahora vendrá.
CALISTO. Usté es...
GUADAL. Su esposa.
CALISTO. Su esposa?
Tengo una satisfaccion!...
Pues si usté es tan bondadosa
que me presta su atencion,
mientras que don José sale
yo iré hablando y le diré...
GUADAL. Corre prisa?
CALISTO. Corre, y vale
la pena de que oiga usté.
Notará usted que yo vengo
con una herida de muerte,
y gracias que me contengo,
porque la cosa es muy fuerte!
Usted me ha de dispensar;
ruego á usted que me perdone,
tal vez venga á molestar
y tal vez me desentone;
lo sentiría en el alma
porque soy bien educado
y nunca pierdo la calma
por más que esté trastornado.
Sobre todo á una señora
no se la debe decir

---

(1) Este personaje habla en toda la obra con mucha rapidez.

ciertas cosas... pero ahora
mi deber es prevenir
y... Pero soy un grosero,
la hago á usted estar de pie...

GUADAL. (Quién será este caballero?)

CALISTO. ¿Y cómo está don José?
Yo aunque nnnca tuve el gusto
de hablarle, he solido verle,
y á no ser por el disgusto
que hoy me trae á conocerle,
celebraría de veras
el motivo y la ocasion,
porque nuestras dos carreras
tienen cierta conexion...
Creo que él es abogado
del colegio de Madrid.
Yo estoy sirviendo un juzgado
de paz en Valladolid,
á disgusto, porque amaños
y la envidia desastrosa,
me tienen hace quince años
sin obtener otra cosa:
pero vendrá; yo soy hombre
que no pido ni molesto;
mi educacion y mi nombre
merecen más alto puesto.
Yo lo sé porque me abona
mi prudencia, mi adhesion,
y yo soy una persona
de muy buena educacion,
que hago un papel desairado
si pretendo...

GUADAL. ¿Y qué motivo...

CALISTO. Es verdad, me he desviado
del objeto primitivo.
Tal vez mi visita enfada...
Yo sentiría estorbar...
Si estaba usted ocupada
sírvase usted continuar.
El molestar me es odioso:
esperaré, esperaré!

GUADAL. Voy á avisar á mi esposo.

CALISTO. ¿Y cómo está don José?
GUADAL. (Otra vez?) Está muy bueno.
(Este hombre debe ser tonto.)
CALISTO. Este sitio es muy ameno.
GUADAL. (Dios quiera que venga pronto!)
Aquí está; les dejo á ustedes.
CALISTO. No, quédese usté, es mejor.
GUADAL. Hombre, mira tú si puedes
ver qué quiere este señor.

ESCENA IV.

DICHOS, D. JOSÉ.

CALISTO. ¿El señor de Cortacans?
JOSE. El mismo.
CALISTO. Muy Señor mio.
Calisto Soto Milans.
GUADAL. Qué hombre tan fino, Dios pio!
CALISTO. Vengo á incomodar á usté...
JOSE. Nada de eso!...
CALISTO. Sí señor!
Siéntese usté, don José:
hágame usted el favor.
Primero usté, y la señora...
Gracias. La salud tan buena?
Está usted mejor ahora
que allá en los baños de Archena,
donde yo tuve el honor
de verle?
JOSE. ¿Qué?...
CALISTO. Y el pesar,
ó mejor dicho el dolor
de no llegarle á tratar,
cosa que hube de sentir
y que hube de apetecer,
porque hube de comprender
que usted hubo de decir:
¡Qué hombre tan mal educado,
que al cabo de quince dias,
tan sólo se ha contentado
con un par de cortesías!...
Pero ya se ve, el decoro...

Luégo usté con su rehuma
y esta tirantez del foro...
No le he dicho á usted si fuma
(Sacando la petaca.)
por temor de inficionar
el cuarto, y á ciertas horas...
y yo no suelo fumar
delante de las señoras...
Pero guárdeselo usté,
porque son de Partagás...
—Qué tiene usté, don José?

JOSE. Hombre, que no puedo más!

CALISTO. Le duele á usté alguna cosa?
Por qué no me lo advirtió?

GUADAL. ¡Ay Pepe! yo estoy nerviosa!

JOSE. Hija mia, ¿pues y yo?

CALISTO. ¡El tiempo que está lluvioso!
estos chubascos malditos...
Es puramente nervioso:
yo traigo aquí globulitos.
Es la influencia atmosférica,
mejor dicho, la astronómica;
si no hay bebida antistérica
yo le daré á usté *nux vómica*.
Me alegro de haber llegado
tan á tiempo, sí señor.

JOSE y GUADAL. Ay! (Se desmayan.)

CALISTO. Jesús! Se han desmayado!
Dónde vivirá el doctor?
Señora!... Pobre señora!
Don Jose!... Chist!... Don José!
Vuelva en sí!—Suerte traidora!

JOSE. Pero aún no ha acabado usté!...

CALISTO. Ah! Mi elocuencia maldita...
Les molestó... fué un abuso!...

JOSE. Esto no es una visita...

CALISTO. Pero...

JOSE. Esto es un baño ruso!
Un chaparron en estío!...

GUADAL. Cosa como ella no ví!

JOSE. Sepamos ya, señor mio,
á qué ha venido usté aquí!

CALISTO. Sí señor; yo he traspasado
los límites de la frase,
pero si me he propasado,
y usted me lo perdonase
yo se lo agradecería
eternamente, sí á fe:
nunca me perdonaría,
mi querido don José,
que usted me juzgára mal;
no por cierto, caballero.
(Desde este momento, D. José y Doña Guadalupe se proponen abrumar á finezas á D. Calisto.)

JOSE. No señor!... Nada, no tal!
Pero deje usté el sombrero!

GUADAL. Siéntese usté en el sofá.

CALISTO. Gracias.

JOSE. Sí, siéntese usté.
Aquí mejor estará.

CALISTO. Gracias, señor don José.

GUADAL. Así! No esté usté molesto.

JOSE. Le incomoda á usté el baston?

GUADAL. Quiere usted cambiar de puesto?

JOSE. Abriremos el balcon.

GUADAL. Desde aquí se ve el camino.

JOSE. ¡Tome usté algo!

GUADAL. Una banqueta...

JOSE. Tráete bizcochos y vino...
y alárgame la escopeta!

CALISTO. ¡Me voy!

JOSE. Espere usté aquí.

CALISTO. Pero me va usté á matar?

JOSE. Sí señor, á ver si así
nos llegamos á explicar!! (Pausa.)

CALISTO. Pues sintiéndolo en el alma
y con cumplimiento análogo
voy á decirles en calma
el objeto de este diálogo.

LOS DOS. Gracias á Dios!

CALISTO. Que me aflija
déjeme usté, don José.

JOSE. Bueno.

CALISTO. Yo tengo una hija...

con el permiso de usté.
Una niña, con franqueza,
bella, linda, encantadora,
si puedo hablar de belleza
delante de esta señora.
Mi niña es dulce, discreta,
perspicaz, inteligente,
una persona completa...
mejorando lo presente.
Como á tierna flor la cuido,
y como no tiene madre,
su educacion la ha debido
al cuidado de su padre;
y yo que soy muy severo
en las materias de honor,
porque soy un caballero
á la antigua, sí señor,
la eduqué con tal cuidado
que en un convento encerrada
desde su infancia, ha llegado
á esa edad tan delicada
en que el amor, peligroso
siempre para la mujer,
aparece presuroso
y empieza en ella á nacer,
y á llenar su fantasía
de quimeras é ilusiones
y á hacerla soñar un dia
con engañosas pasiones,
que es el paso en una hora
del traje corto á la falda.
—Dispénseme usted, señora,
le estoy dando á usted la espalda.
—Yo con la severidad
del hombre bien educado,
la ví llegar á esa edad
de que ántes me he ocupado,
infiltrando en su alma pura
la idea de un rigorismo...
Digo, á mí se me figura
que habría usté hecho lo mismo!

JOSE. Sí señor!

CALISTO. Y sobre todo,
noviazgos, coqueterías
y enredos, de ningun modo,
eso nunca! no en mis dias!
Yo la he buscado un esposo
que no tiene alguna tacha,
jóven, rico, bondadoso,
buena ropa, buena facha,
y colmará de mercedes
á su adorada belleza!
—Si estoy molestando á ustedes
me lo dicen con franqueza.

JOSE. No, hombre, no!

CALISTO. Precisamente
ahora empieza lo mejor!

JOSE. ¿Ahora empieza?

GUADAL. ¡Dios clemente!

CALISTO. Ahora empieza, sí señor!
—Cuando tenía la boda
dispuesta para este mes,
cuando está resuelta toda
la cuestion del interés,
y cuando creía yo
que Aurora accedía á todo,
ahora me dice que no
se casa de ningun modo!
Mi plan se viene por tierra.
Mi grave papel declina.
Mi casa va á ser la guerra
civil!

GUADAL. ¡Cómo!

CALISTO. ¡La intestina!
Y yo que rindo al respeto
igual culto que al decoro,
yo que todo lo someto
al rigorismo del foro,
me encuentro con que la hija
que adora mi corazon,
y deje usted que me aflija
porque me sobra razon,
se rebela y se pronuncia
contra su padre en tal forma,

que á toda dicha renuncia
y á la union no se conforma,
porque un aleve traidor
burlando mi vigilancia,
se ha puesto á hacerle el amor
en secreto y á distancia,
y aquel corazon tan puro
que mi contento resume,
lo mancha el hálito impuro
de un torpe bípedo implume!
Por eso he venido aquí
tal vez haciendo un exceso.
(Despues de una pausa en que los esposos se miran, dice D. José.)

JOSE. Pero diga usted, y á mí
¿qué me importa de todo eso?
(D. Calisto los mira á los dos asombrados.)

GUADAL. Ni yo tampoco adivino...

CALISTO. Pues yo se lo explicaré.
¿Usté no tiene un sobrino?

JOSE. Sí!

CALISTO. Pues ahí lo tiene usté!

LOS DOS. ¿Cómo?

GUADAL. (Es el padre de Aurora!)

JOSE. Oh fementido relato!

GUADAL. Le advierto á usted que él ignora....

CALISTO. Ella tiene su retrato.
Ella escribe poesías
á su Antonio de su alma,
ella se pasa los dias
sin tranquilidad, sin calma.
Ella sueña y nos desvela
llamando á voces á Antonio.

JOSE. Ella es una coquetuela
y á usted le trae el demonio!

CALISTO. Ese amor hay que evitarles.

GUADAL. Pues no veo la razon:
lo que conviene es casarles
sin la menor dilácion.

CALISTO. ¿Qué me dice usted, señora?

JOSE. No haga usted caso ninguno.

GUADAL. Únala usté á quien la adora.

JOSE. Mi sobrinito es un tuno!
GUADAL. Es un muchacho excelente!
JOSE. Es un demonio el muchacho.
GUADAL. Es discreto, inteligente!
JOSE. Es jugador y borracho!
CALISTO. Pero, señores, yo aprecío
las palabras de los dos...
JOSE. ¡Calla, tonta!
GUADAL. ¡Calla, necio!
CALISTO. Pero por amor de Dios!
Yo por más que me destroce
el alma, quiero que impida...
JOSE. ¡Pero si él no la conoce!
CALISTO. Qué!
JOSE. ¡Ni la ha visto en su vida!
Es ella quien le da bríos.
GUADAL. Si está de él enamorada!
CALISTO. Mi niña, señores mios,
está muy bien educada,
y no había de venir
á hacerle á un hombre el amor!
GUADAL. Pues con ella se ha de unir.
JOSE. No hay cuidado, no señor.
Usted viene á sonsacarnos.
GUADAL. Usted viene á complacernos.
CALISTO. Pero vamos á explicarnos
para acabar de entendernos!
GUADAL. Usté es un padre muy bolo.
JOSE. Usté es un papá buscon.
CALISTO. Caballero!
GUADAL. No tan sólo
no sabe su obligacion...
JOSE. Su hija debe de estar loca.
CALISTO. No tendrá usté más puntillo
que yo!
JOSE. Como que me toca
nada ménos que al bolsillo!
GUADAL. Le digo á usted que los caso.
JOSE. Mi mujer está tocada
y su hija de usté está loca.
GUADAL. Sí señor, enamorada!
CALISTO. Yo arreglaré este disgusto.

Abur!

GUADAL. (Veremos si puedes.)

(D. Calisto se marcha, y á poco vuelve diciendo.)

CALISTO. He tenido mucho gusto
en conocerles á ustedes.

ESCENA V.

DOÑA GUADALUPE, D. JOSÉ.

GUADAL. Prepara pronto la herencia
ó échate esta tarde al mar.

JOSE. Guadalupe, ten prudencia!

GUADAL. Hoy mismo lo he de casar.

ESCENA VI.

ANTONIO.

Nada, no encuentro una prójima
que me mire con ternura,
ni que me diga una sílaba
que anuncie su desventura.
Esta enamorada anónima
no debe andar por acá.
¡Vaya un raro geroglífico!
¿Quién será?
Pensar que hay una satélite
de mi corazon sediento,
que está de mi amor famélica
deseando casamiento,
y que yo estoy hecho un zángano
sin comprender dónde está!
Pues señor, aquí hay intríngulis.
¿Quién será?
¿Será una rubia poética,
delicada y sonriente,
ó una morena volcánica
de esas que miran de frente?
¿Si será un ama de huéspedes
que tuve yo cierta vez,
delgada como un espárrago

de Aranjuez?
Si será aquella que en Cáceres
me hizo el amor un trimestre?
Si será aquella funámbula
tan guapa del circo ecuestre?
Si será la farmacéutica
que conocí en Alcalá?
No, que se murió del cólera.
¿Quién será?
Bien sé yo las leyes bárbaras
de ese femenil decoro
que impiden á seres débiles
decirle à un hombre «¡Te adoro!»
«Si no lo sabías, sábelo,
yo estoy muriendo por tí!»
¿Pero dónde hay una prójima
que hable así?
Y es un mal, porque este género
de pasiones, estrujadas...
produce ataques y vértigos,
y muchas interesadas
se suelen poner histéricas
por incumbencias de amor
y padecen del estómago,
¡sí señor!
Aquí ocurre un caso práctico:
yo sé que hay un alma mia
y enamorada hasta el tuétano
sufre por mí noche y dia;
pues si pudiera decírmelo
no sufriera triste así
y estaría echando un párrafo
junto á mí!
Debieran llevar un rótulo
los corazones por fuera,
con una advertencia al público
que de reclamo sirviera.
Y así el dueño de esa víscera
que llamamos corazon
podría ponerle el título
de posesion...
como un marchamo de Málaga!

vaya una comparacion! (Pausa.)
¡Ay Dios! estoy cansadísimo
de estos sensibles quehaceres!
Ay, qué condicion tan pícara
la de las pobres mujeres!
¡Yo las amo! Soy un cándido
ó soy un loco de atar?
Aaah! (Bosteza) Me conviene muchísimo
reposar.
El movimiento del ómnibus
me ha acabado de cansar.
(Se sienta y se queda dormido.)

ESCENA VII.

ANTONIO, AURORA, DOÑA GUADALUPE.

GUADAL. Su porvenir, tu ventura
y tu dicha y mi alegría
todo lo pongo en tus manos,
hija mia.
Haz el papel que aconseja
tu crítica situacion,
y á ver si esta pobre vieja
tiene razon.

ESCENA VIII.

AURORA, ANTONIO.

AURORA. Y es verdad, la cosa es clara;
el hombre lo hila tan burdo,
que cree más en lo absurdo
que en lo que salta á la cara.
Veremos si en la aventura
que emprende mi corazon,
puede más que la razon
la descarada locura.
Hay que despertarle. (Tira un mueble.)
ANTONIO. Eh!... Quién!...
Una mujer!...

AURORA. Ay, dolor! (1)
ANTONIO. (Muy bonita, si señor!)
AURORA. ¿Usté bueno? Yo tambien.
ANTONIO. Lo celebro, señorita...
AURORA. Usté me ha de perdonar
si aquí me atrevo á llegar.
ANTONIO. (Es que es muy, muy, muy bonita!)
AURORA. Pero á veces... ¡ay de mí!
ANTONIO. (Quién será?) Y podré saber...
AURORA. Yo, ya ve usted... soy mujer...
ANTONIO. Sí, me parece que sí.
AURORA. Es muy bonita esta estancia!
Un jardin... Ay! qué precioso!...
muy hermoso!... muy hermoso!...
¡qué perfume! ¡qué fragancia!
ANTONIO. Pues la casa y cuanto en ella
se contenga, á usted ofrezco.
AURORA. Muchas gracias: no merezco
yo tanto.
ANTONIO. (Y á fé que es bella.)
AURORA. No merezco eso, ni nada.
Nada logro, nada pido.
ANTONIO. ¿Entónces á qué ha venido?
AURORA. Soy yo tan desventurada...
¿Me deja usted descansar
mirando al mar desde aquí?
ANTONIO. Míreme tambien á mí.
AURORA. El mar! Qué hermoso es el mar!
ANTONIO. (Pero estoy soñando ó no?)
AURORA. ¡Qué trasparente reflejo!
El mar no es más que un espejo
para que me mire yo!
Sí señor, sí!
ANTONIO. No lo dudo!
AURORA. Ve usted cómo ruge airado?
pues en viéndome á su lado
de asombro se queda mudo.

---

(1) Desde este momento Aurora hace toda la escena fingiéndose loca y en diferentes entonaciones, ya furiosa, ya dulce, ya distraida, etc.

Antonio. (Modestia suma.)
Aurora. Rizando
vive sus azules ondas,
hasta tejerme unas blondas
que usaré sabe Dios cuándo;
porque todo el desconsuelo
que devora el alma mia
es no saber si habrá un dia
en que use yo el blanco velo.
Velo y corona de azahar,
sueño de toda mujer:
el mar me lo ha de tejer,
por eso quiero yo al mar!
Antonio. (Qué estrafalaria aventura!
Cosa como ella no ví!
Qué busca esta niña aqui?
Quién es esta criatura?
Yo me decido á saberlo,
que es muy justo y natural.)
Si usted no lo toma á mal
y yo puedo conocerlo,
de su venida el motivo
quisiera saber, señora.
Aurora. Señora! Me llamo Aurora!
Antonio. Lindo nombre!
Aurora. Primitivo!
Yo soy la que abre las flores,
albor primero del dia,
luz que el cielo al mundo envía
con nacarados albores,
sonrisa de la mañana
y anuncio del sol naciente,
que usted espera impaciente
asomado á la ventana.
Antonio. Yo?
Aurora. Por eso yo que sé
que usted madruga por mí,
entré presurosa aquí
para complacerle á usté.
Antonio. Pero...
Aurora. Y así haciendo alarde
de su luz encantadora,

sale para usted la aurora
á las cinco de la tarde.

ANTONIO. Ciertamente, eso es hablar
con muchísimos primores.

AURORA. Ya que usted no me echa flores
me las tengo yo que echar.

ANTONIO. Ah! vamos... usté ha venido...

AURORA. Yo...

ANTONIO. (Pero, señor, ¿qué es esto?)

AURORA. Qué encarnada me habré puesto,
¿verdad?

ANTONIO. No lo he advertido.

AURORA. Pero si he de contar todo
lo que siento, he menester
olvidar que soy mujer
ó no he de encontrar el modo.

ANTONIO. (Su traje, ese aire, ese acento...
No, no es una aventurera
ni una persona cualquiera,
eso se juzga al momento. (Despues de reflexionar.)
Esta es la secreta autora
del anónimo papel,
y lo que no dijo en él
me lo va á decir ahora!)
Señorita, la verdad,
permítame que me asombre...

AURORA. ¿De ver que yo le hablo á un hombre
con tanta rara claridad?
Pues hágame usté el favor
de decirme por qué el mundo
se rige por tan profundo
desórden!

ANTONIO. Qué?

AURORA. Sí señor.
¿Por qué cuando se enamora
un hombre de una mujer,
se lo puede hacer saber
sin esperar ni una hora,
y cuando una mujer siente
amor por un caballero,
ha de morirse primero
que decirlo francamente?

¿Quereis, hombres fementidos,
que á vuestros locos deseos
respondamos con rodeos
y melindres mal fingidos?
Por qué si un acento ansioso
nos dice «tú eres hermosa,»
no decir con voz ansiosa:
«ay! tú sí que eres hermoso!»
¿Por qué se llama locura
dentro del mútuo decoro,
decirle á un hombre «*te adoro?*»

Antonio. (Pues dímelo, criatura!)

Aurora. ¿Por qué nuestra educacion
de nuestra pasion en mengua,
manda callar á la lengua
lo que siente el corazon?
¿Por qué cuando santa fe
de hondo amor el alma siente,
no hemos de hablar francamente?

Antonio. Eso digo yo. Por qué?

Aurora. ¿Hay parecido sufrir
al de mujer con amor
que en ocultando su dolor
tiene que callar y oir?
Yo me revelo y declaro
que tengo el gusto más justo,
y he de vivir á mi gusto
y he de amar hablando claro.
Por eso siempre á mi boca
mi alma entera está asomada;
pero no, no he dicho nada;
perdóneme usté, estoy loca!

Antonio. (Qué tengo ya que dudar?
Esta es... esta debe ser!)

Aurora. Adios!!

Antonio. ¿Qué va usted á hacer?

Aurora. Qué? voy á arrojarme al mar!

Antonio. ¡Qué desatino! Señora!

Aurora. Sea usted mismo testigo
de que quiero ahogar conmigo
la pasion que me devora!

Antonio. ¿Una pasion?

AURORA. Una, sí!
ANTONIO. Y yo soy quien te la inspira?
AURORA. Tú, tú!
ANTONIO. Corazon, respira!
AURORA. Tú!
ANTONIO. Ven aquí, ven aquí!
AURORA. No! mi camino he de andar
en el mundo, por las huellas
que me marquen las estrellas
y las ondas de la mar!
La mar!!
ANTONIO. (La mar eres tú!)
AURORA. Permíteme que te mire
y que suspire y suspire...
ANTONIO. (Si estaré yo haciendo el bú?)
AURORA. La mar!!
ANTONIO. No es verdad? La mar!!
(Y es bonita, muy bonita!
Mi tio me precipita
y ella me viene á buscar.)
Corazon franco y sincero,
que me hablas con tal nobleza,
pinta tu amor con franqueza,
que vas á ser el primero.
Yo á todas mi amor les dí
y en todas traicion hallé;
á tí yo no te busqué,
yo viviré para tí!
AURORA. Á la mar nos lanzaremos
y allí sin pena ninguna
al rielar de la luna
juntos los dos bogaremos
en una barca ligera,
que á sí misma abandonada,
de nuestro fuego impregnada
irá vagando velera.
Y al arrullo embriagador
de las ondas bullidoras,
nos pasaremos las horas
cantando trovas de amor,
en amantes desvaríos,
libres de mútuos enojos,

yo, mirándome en tus ojos,
tú, mirándote en los mios.
Y al vaiven y al contoneo
de la barquilla... Qué tienes?

ANTONIO. Ñada, que con los vaivenes
de la barca me mareo!
Yo debo de estar soñando!

AURORA. Te asombra mi amor, verdad?

ANTONIO. Me asombra su novedad.
Cuándo ha nacido en tí?

AURORA. Cuándo?
(Buena ocasion de contar
cuanto por él he pasado.
Corazon enamorado,
ya sin misterio has de hablar.)
Desde que empecé á crecer
y supe lo que era amar,
tu amor principié á soñar
y tu imágen á querer.
Tu amor, que sedienta aspiro,
siempre me tuvo sin calma:
nació dentro de mi alma,
brotó en mi primer suspiro,
y sin saber si me amabas,
ni comprender bien quién eras,
ni saber dónde estuvieras,
oía... que me llamabas!
Á los ecos de tu acento,
que siempre estuve escuchando,
mi pensamiento acercando
se iba hácia tu pensamiento;
y pensaba sin cesar:
vanos temores te ofuscan,
que dos almas que se buscan
por fuerza se han de encontrar.
Dormía, y en dulce sueño
tu imágen bella miraba,
y al despertar conservaba
tu imágen con tal empeño,
que á riesgo de darte enojos
los ojos cerrar quería,
sin pensar que te tenía

dentro de mis propios ojos.
Con esta fiebre viví
batallando de tal suerte,
que sólo evité la muerte
por existir para tí.
Pues cuando en ráudo volar
gira en torno á lo ignorado
un corazon destinado
á amar por placer de amar,
un dia el aire que pasa
cuando la tarde se muere,
trae un suspiro que hiere,
una mirada que abrasa;
y luce en fin, ese dia
en que á fuerzas sobrehumanas,
de una eterna simpatía,
se unen dos almas hermanas
como la tuya y la mia.

ANTONIO. Ay! agua!

AURORA. Te pones malo,
mi bien?

ANTONIO. Muy malito, mucho!...
Yo no creo lo que escucho!
Una pasion de regalo!
Luego tú al verme...

AURORA. Te ví
desde la orilla cercana;
estabas en la ventana
y el alma me dijo, sí!...
ese es aquel que soñaste,
ese aquel que presentiste.

ANTONIO. ¿Pues por qué no lo dijiste
desde el momento en que entraste?
Algun genio bienhechor
te trajo, Aurora, á mi lado.
Yo vivo desesperado,
herido por el amor.
Cuantas mujeres amé,
cuantas esperanzas dí,
todo me fué adverso.

AURORA. Sí,
no lo digas, ya lo sé.

ANTONIO. Sabes que amé?
AURORA. Y que te amaron
y que tus ojos lo vieron
y que incautos lo creyeron
y que luégo lo lloraron.
ANTONIO. Esa es, esa es la verdad
de mi pasion transitoria!
AURORA. Pues no ves que esa es la historia
de toda la humanidad?
Se ama, se entrega la vida
y el alma y el corazon;
pasa el tiempo y la pasion,
viene el cansancio y se olvida.
Unos se hartan de querer
porque no pueden lograr,
otros se cansan de amar
cansados de poseer.
El tiempo severo y frio
da remedio á todo daño,
á unos con el desengaño
y á los más con el hastío.
Y es que hay poquísimos séres
que fundan sus corazones.
ANTONIO. ¡Es que son unos bribones
los hombres y las mujeres!
Pero nosotros haremos
en el mundo una excepcion.
AURORA. Me lo dice el corazon.
ANTONIO. Es fuerza que nos casemos.
Yo en donde encuentro una zanja
la salto aunque me haga trizas,
y tú ahora sintetizas
la dulce media naranja!
Tú eres mi bien, mi ambicion,
mi amor último y primero!
En fin, siento que te quiero
con todo mi corazon!
Y pues te evito el sufrir
y me haces justicia al ver
que yo solo puedo ser
quien sepa por tí vivir,
sábelo, yo soy muy rico

y he de heredar un caudal
que no te vendrá muy mal.
Me parece que me explico.

AURORA. Pues bien, sea.

ANTONIO. Sea!

AURORA. Sea!

ANTONIO. Boda!

AURORA. Y pronto!

ANTONIO. De trompon!

AURORA. Las cosas de sopeton!

ANTONIO. Es una excelente idea!

AURORA. Y así que unidos estemos,
á mi palacio á vivir
allí te he de conducir.

ANTONIO. Bueno, bueno, nos iremos.

AURORA. Tengo un palacio ducal
en un islote ignorado
de todo el mundo apartado.

ANTONIO. Un palacio?

AURORA. De cristal.

ANTONIO. Todo de cristal?

AURORA. Un mundo!
De la cueva á las bohardillas.

ANTONIO. (Les veré las pantorrillas
á las del cuarto segundo.) (1)

AURORA. Allí esperándome están
mis enanos, mis gigantes,
mis perros, mis elefantes,
mi bufon, mi capellan,
mis heraldos, mis colonos,
mis damas, mis trovadores,
que cantarán tus amores
en setecientos mil tonos.
Allí todo te promete
felicidad, honra y prez;

---

(1) Esta redondilla puede suprimirse en los teatros donde los actores crean que el público no la ha de recibir bien. El de Madrid, á pesar de los mojigatos, la ha celebrado todas las noches, más que todos los restantes versos de la obra.

yo seré allí Aurora Diez.

ANTONIO. Y yo Antonio Diez y Siete!
(Está loca de remate.)

AURORA. (Fingí bien el desvarío.)

ANTONIO. (Yo por burlar á mi tio
hago cualquier disparate!)

AURORA. Huyamos!

ANTONIO. Huyamos, sí!

AURORA. Venga usted!

ESCENA IX.

DICHOS, DOÑA GUADALUPE.

ANTONIO. Mi tia!

GUADAL. Yo!

ANTONIO. Usted no sabe...

GUADAL. Pues no!

ANTONIO. Lo sabe?

AURORA. Y piensa por mí...

ANTONIO. Esta niña...

GUADAL. Ya lo sé.

ANTONIO. Yo la adoro!

GUADAL. Bien está.

ANTONIO. Quiere casarse...

GUADAL. Ya, ya!

ANTONIO. Pero ha de ser...

GUADAL. Pronto á fé.

ANTONIO. Y usté aprueba?...

GUADAL. Cuanto oi.

ANTONIO. Está loca!

GUADAL. No que no!

ANTONIO. Usted no se opone?

GUADAL. Yo?

ANTONIO. Usted nos ayuda?

GUADAL. Sí!
Ánimo, sobrino mio;
ánimo y en mí confía.

ANTONIO. Bendita sea mi tia,
que me ayuda en este lio!...
Allí hay corona de azahar,
blanco velo y...

AURORA. Voy á ver...
ANTONIO. No tardes, cara mujer.
GUADAL. Pero te vas á marchar?
ANTONIO. Va por su traje de boda.
GUADAL. Para qué boda? Esto es grave!
No lo sabe? (Á Aurora.)
AURORA. El qué no sabe?
GUADAL. (Mentir muy bien te acomoda.)
No le has dicho?... (Di que no.)
AURORA. No señora.
ANTONIO. Pues qué pasa?
GUADAL. Tanta cortedad ya pasa
de raya! Lo diré yo!
Á qué ha venido ella aquí?
ANTONIO. Á hacerme el amor.
GUADAL. No á fe.
Viene á su casa.
AURORA. Pues!
ANTONIO. Qué?
De dónde vienes? (Á Aurora.)
AURORA. De... allí.
GUADAL. Á un amigo desde Estella
le habias dado un poder...
ANTONIO. Qué!...
GUADAL. Pues esta es tu mujer!
ANTONIO. Estoy casado con ella!!!
AURORA. Te asusta!..
GUADAL. (Á Aurora.) (Haz cien mil locuras.)
ANTONIO. Pues me han partido por medio.
GUADAL. Esto no tiene remedio.
ANTONIO. ¡Casado!
GUADAL. Por qué te apuras?
ANTONIO. (Pero tia, si está loca!)
GUADAL. Ya lo sé...
ANTONIO. Pero...
GUADAL. Ea, adios.
ANTONIO. Nos deja usted á los dos?...
GUADAL. Y un hombre cual tú se apoca?
ANTONIO. Casado!
GUADAL. Ya lo lograste!
ANTONIO. Á mí el casarme me embiste!...
AURORA. ¿Pues por qué no lo dijiste

desde que te declaraste?
(Fingiendo locura furiosa.)
Yo en donde encuentro una zanja
la salto aunque me haga trizas;
tú, mi esposo, sintetizas
la dulce media naranja!
Á ser mi esposo te niegas?

ANTONIO. Qué ojos pone!
GUADAL. Aprieta! (Desde la puerta. Váse.)
AURORA. Infame!
Yo quiero que se me ame
sin falsedad!...
ANTONIO. Pero...
AURORA. Á ci egas!
ANTONIO. Me da miedo! Eh! Alto ahí!
AURORA. Tiembla! Como corras... corro!
ANTONIO. Socorro!
AURORA. Calla!
ANTONIO. Socorro!
DONC. Señorito! (Saliendo.)
ANTONIO. No es á tí.
Socorro!

ESCENA X.

DICHOS y D. JOSÉ.

JOSE. Qué nuevo lío!
ANTONIO. Tio!
JOSE. Qué hay?
ANTONIO. Uf! qué mareo!
AURORA. Quién es este tio... feo?
ANTONIO. Tenga usted cuidado, tio!
JOSE. Quién es esta niña bella?
ANTONIO. Aquella!... la del poder.
AURORA. Su mujer!
JOSE. Qué!
ANTONIO. Mi mujer!
Estoy casado con ella!
JOSE. Tú!... Y usted!... Qué disparate!
AURORA. Temblais?
JOSE. Salga usted de aquí!

AURORA. Ya te arreglaré yo á tí.
ANTONIO. (Que está loca de remate.)
AURORA. Tú eres mi esposo ante Dios.
Tú eres mio; tú sin duda...
Yo me voy á quedar viuda
y á casarme con los dos.
Yo no sé cómo ha de ser,
lo que sin ser siendo está,
pero si ha sido, será
lo que quiera tu mujer.
Calla!... Calla!... Os revelais?
Pues ay de tí, y ay de tí!
Quietos! Tú ahi! Chist! Tú aquí!
Adios! Benditos seais! (Váse.)

ESCENA XI.

ANTONIO, D. JOSÉ.

JOSE. Sobrino!
ANTONIO. Querido tio!
JOSE. Ya tu deseo has logrado.
Ya estás casado, hijo mio!
ANTONIO. Dios mio! Ya estoy casado!
(Quedan sentados cada uno á un lado, llorando los dos.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

D. CALISTO, DOÑA GUADALUPE, D. JOSÉ.

CALISTO. Don José! Válgame Dios!
Don José! Qué azar, señora!
Yo me ahogo!

GUADAL. ¿Qué sucede?

CALISTO. Vengan ustedes, que es cosa
muy urgente! Vengo muerto!
Disimulen mi zozobra:
sucede un caso terrible,
una desgracia espantosa!
Pero yo con el disgusto
estoy faltando á las formas...
¿Cómo está usted, don José?
Á los piés de usted, señora!
No ha ocurrido novedad?
Está usted ménos nerviosa?
El pillo de su sobrino
sigue bien?

JOSE. Pero por todas
las vírgenes!...

CALISTO. Verá usted...
Llego á casa allá en Bayona...
—Ya sabe usted que los coches
nos llevan en media hora,—

y yo por no molestar
á cuatro ó cinco personas
que iban en el de las tres,
me quedé esperando que otra
diligencia me llevára:
vino por fin y una sola
plaza que había vacante,
la pude tomar con toda
la oposicion de unas cuantas
bañistas,—¡pobres señoras!
Yo he sentido molestarlas...
ellas querían ir solas
y yo he venido á ingerirme
de compañía forzosa;
pero si hubiera esperado,
¿no es verdad?—Está usté incómoda?
Siéntese usted!

GUADAL. Muchas gracias.

JOSE. Acabará usted la historia?

CALISTO. Pues llego á casa, pregunto
por mi niña, por mi Aurora,
y como tengo costumbre
siempre que la dejo sola
de que la vigilen mucho,
—no porque ella sea tonta
ni coqueta, no señor,—
sino porque con la boda
y con mi carácter rígido
y su rebelion capciosa...
—¿Usté me permitirá
que le quite á usté una mota?

JOSE. Pero señor don Calisto!...

CALISTO. Ay amigo! Estoy sin honra!

GUADAL. Cómo!

CALISTO. Busco á la hija mia
sin lograr que me responda!
La busco en el gabinete,
en el salon, en la alcoba,
en todas partes... No estaba!

LOS DOS. Qué dice usted!

CALISTO. Suerte odiosa!
Se fugó!... se fué!... partióse!...

En esto llega Ramona
y me dice: »Señorito,
la señorita está loca,
se ha quedado en Biarritz, dice
que de hoy más, nos abandona
y que se marcha muy lejos
con don Antonio Cazorla.»

LOS DOS. Cómo!

CALISTO. Sí señor! Ustedes
dispensen, pero estas cosas
son muy graves! Yo soy padre...
usté es tio... va la honra
de una familia... Mi hija
está aquí!

GUADAL. (Se armó la gorda!)

JOSE. Pero este hombre viene aquí
á darnos...

CALISTO. Mi hija está loca!
Sabe Dios qué habrá ocurrido!

GUADAL. No hay cuidado!

CALISTO. Qué?

GUADAL. Nosotras
las hembras, locas y todo,
siempre hacemos bien las cosas.
Cuántos años tiene?

CALISTO. Veinte.

GUADAL. Pues ya puede marchar sola.

CALISTO. Señora, por Dios!...

JOSE. Qué dices
ahora tú?

CALISTO. Pero no hay forma...

JOSE. No la he visto.

GUADAL. Yo tampoco.

CALISTO. Perdóneme usted, hay cosas...
si usted me lo permitiera,
yo la llamaría.

GUADAL. Toma!...
llámela usted!

CALISTO. Aurorita!...
Aurorita!...

GUADAL. Pobre!

CALISTO. Aurora!. .

ESCENA II.

DICHOS, ANTONIO. Entra con la corbata suelta, el pelo descompuesto, la mirada espantada, y precipitadamente como buscando por donde huir. Al verle los tres personajes, dan un grito y se coloca cada uno en una puerta.

ANTONIO. Ay! Buenas tardes, señores!
GUADAL. Antonio!...
ANTONIO. No, no hay cuidado,
no vengo desesperado
ni amenazando furores.
Pueden ustedes venir
y oirme...
CALISTO. Dígale usté
lo que...
ANTONIO. No, si ya lo sé;
sé lo que van á decir;
que está loca rematada
mi mujer.
CALISTO. Ah! su mujer!
Luego llegó á suceder?...
ANTONIO. La boda está consumada.
(Se cierra con ruido la puerta del foro; y al oir este ruido Antonio echa á correr, y los demas asustados hacen lo mismo.)
CALISTO. Quiere usté agua? Que se siente.
Ya es usted mi yerno, y yo,
aunque llore eternamente
lo que usted me disgustó,
no he de faltar al deber
de un hombre bien educado,
y si ello al fin ha de ser,
crea usted que se ha enlazado
á una familia decente
y de buena educacion,
que con toda el alma siente
pérdida de razon
que ocasiona este disgusto
terrible, sin ejemplar.
JOSE. Pero me dará usté el gusto
de dejarle continuar?

ANTONIO. Pero usted, quién es?
CALISTO. ¡Oh crítico
momento! Quién soy ignora!
Yo soy su papá político:
preséntemе usted, señora...
Ruego á usted que me presente,
porque es ley de educacion
que yo no empeñe ni intente
ninguna conversacion,
sin que ántes con la debida
buena forma acostumbrada
entre gente bien nacida
y como es justo educada,
preceda el acto formal
de presentacion cortés.
Pero por si usté halla mal
—este impaciente interés,—
yo le diré á don Antonio
para que juzgue de mí,
que por arte del demonio
que trastorna el mundo así,
yo me encuentro en el aprieto
de no saber explicar
este enigma, este secreto
que nadie debe ignorar.
Mi hija Aurora,—porque yo
soy el padre de Aurorita:—
mi hija Aurora, que aprendió
á ser una señorita
y tuvo desde su infancia
la vigilancia más fuerte,
por más que la vigilancia
no es nada contra la suerte,
parece ser que .. ¡ay cuitado!
que lo que siento no sé!
—parece ser que ha llegado
á enamorarse de usté:
y lo comprendo, á pesar
del dolor que me atormenta,—
—porque no hay más que mirar
esa cara macilenta
y esos ojos apagados,

y ese aspecto interesante,—
para ver que hay destinados
séres á pasion constante
que hubieron de conocerse,
y hubieron de enamorarse,
y hubieron de comprenderse,
y hubieron... de amalgamarse;
y esto á quien de cerca toca
le hacer ver ¡oh desdichado!

ANTONIO. Tia! Mi esposa está loca,
pero el suegro está *chiflado*!...

CALISTO. En resúmen!

GUADAL. Que si quieres!...
Su hija de usted y Antoñito
se han casado por poderes.

CALISTO. Por poderes!

GUADAL. Cabalito!

ANTONIO. Y usted no lo sabe?

CALISTO. No!

ANTONIO. Pues cómo ha sido?

CALISTO. No sé.

ANTONIO. Usté no ha aprobado?

CALISTO. Yo!...

JOSE. Sobrino, yo arreglaré...

ANTONIO. Mi mujer no está en su juicio.
Mi amigo Serra está loco,
y en esto hay un gran perjuicio...

CALISTO. No lo entiendo. (Á D. José.)

JOSE. Yo tampoco.

GUADAL. Supo que Aurora era bella
y le mandó su retrato,
y se ha casado con ella
sin conocerla.

JOSE. ¡Oh pazguato!

CALISTO. Pero esto no puede ser!

JOSE. Aurora está loca?...

ANTONIO. Sí!...
Sí; pero ya es mi mujer
y loca se ceba en mí,
y ahora mismo me ha pasado
un lance que contaré.

GUADAL. (Veremos si ha realizado

el plan que yo le tracé.)

TODOS. ¿Qué fué?

ANTONIO. Pues... con el objeto
de ver si la convencía
y si á solas y en secreto
á la razon la volvía,
le dije: «Esposa adorada,
ya estás con tu esposo amado;
ya no hay en el mundo nada
que te pueda dar cuidado;
yo soy tuyo y tú eres mia,
da rienda suelta al deseo,
gocemos del claro dia,
vamos á dar un paseo.»
—Parecióme verla en calma,
y juntos y de bracero
con mi esposa de mi alma
salgo alegre y placentero.
Saltando de roca en roca
íbamos alegremente,
cuando de pronto me toca
en el hombro suavemente,
y con acento alterado
y en voz baja:—«buen amigo!
—me dice: «apártate á un lado,
que tengo que hablar contigo.»
Yo, sin poder calcular
lo que aquello ser pudiera,
me voy con ella á un pinar
léjos de la carretera,
y una vez solos, se quita
el abrigo impermeable
y saca una navajita
que á mí me pareció un sable.
(Al oir esto Doña Guadalupe, sin que lo noten los demas, se frota las manos satisfecha de lo que oye.)

TODOS. Oh!

ANTONIO. Me coge por el cuello
y dice esa tigre hircana:
«Ya ves que no te degüello
porque no me da la gana.
Pero sírvate de aviso

que de hoy más yo mando en tí;
por consiguiente, es preciso
que te sometas á mí
de tal modo, que al menor
desliz en que yo te atrape,
con esta prenda de amor
te corto el pescuezo al rape!
Tu vida se deslizó
fraguando amorosas bodas
con cien mujeres, y yo
las voy á vengar á todas!»
Á todo esto yo me suelto
de ella y empiezo á correr
hácia Bayona, resuelto
á que la manden prender.
Ya había acudido gente;
pero no hay quien la desarme.
La he visto valientemente
acometer á un gendarme!
Arrolla cuanto á su paso
se opone: ¡oh boda maldita!
y ya ¿cómo me descaso?

(Aparece la Doncella en la puerta del foro y dice:)

DONC. Ahí viene la señorita!

(Grito general. Huyen todos ménos Antonio, que no encontrando puerta por donde marcharse, se queda en escena, ocultándose detrás de cualquier mueble, hasta que aparece Aurora. Baja al proscenio y va á sentarse al sofá habiendo reparado en Antonio, pero fingiendo que no le ha visto. Antonio se irá acercando poco á poco, segun lo va marcando ella.)

ESCENA III.

ANTONIO, AURORA.

AURORA. (Ya tanto fingir me hastía;
pero esta señora manda,
y es lo cierto que sus órdenes
dan resultados que pasman.
Mi padre extraña mi ausencia;
vino en mi busca á esta casa...

es preciso convencerle.)

ANTONIO. (Parece tranquilizada.) (Acercándose.)

AURORA. (Volver... Oh, Dios mio! basta
de enredo... pues le amo tanto...
y ya lo sabe, y la farsa
urdida le hizo fijarse
en mí, logremos llevarla
pronto á término y que el hombre
con quien casarme me mandan,
no sea nunca mi esposo
haciéndome desgraciada.
(No viene... me tiene miedo ..
y es natural: rematada
me juzga... porque si cuerda
viera que le enamoraba,
más loca me juzgaría.
Oh! tiene razon la sabia
mujer que fingirme loca
con rara cordura manda.)

ANTONIO. (Dios mio, qué mononísima!...
qué dolor que esté chiflada!)
(Despues de una pausa, Aurora refloxiona y dice de pronto con voz muy fuerte.)

AURORA. Antonio!

ANTONIO. Voy!

AURORA. Ah! Tú aquí?

ANTONIO. (La Providencia me valga!)

AURORA. Ven acá!

ANTONIO. (Qué cariñosa!)

AURORA. Más cerca!...

ANTONIO. Así?

AURORA. Sí, en mi falda
tus manos y contemplándome,
dándome con tus miradas
la vida que necesito
para amarte.

ANTONIO. Oh, prenda cara!
(En uno de estos deliquios
me suelta una bofetada.)

AURORA. Te encuentras bien?

ANTONIO. En la gloria,
queriendo con vida y alma

servirte.

AURORA. Si?

ANTONIO. Y complacerte:
mira, pues, lo que me mandas,
porque yo he de ser tu esclavo
mientras viva.

AURORA. Ay, suerte amarga!
por qué mi esclavo ser quieres?

ANTONIO. Por qué?

AURORA. Por qué así te adaptas
á mi gusto? Sé leal.
Por qué humilde te rebajas?

ANTONIO. Pues...

AURORA. Por qué me tienes miedo?

ANTONIO. (Y es verdad!)

AURORA. Porque no basta
con vosotros ni el cariño,
ni la dulzura del alma,
ni la belleza del cuerpo,
ni la fe, ni la constancia;
hombres sois y sois señores,
sois fuertes y es vuestra gala
dominar y ser tiranos
y el yugo no os avasalla;
nos llamais la compañera,
pero nos quereis esclava:
me respetas por ser loca,
cuerda no me respetáras.
Marido del alma mia,
tal es la razon humana!

ANTONIO. (Si resultará cordura
esta locura tan franca?
Si seremos los maridos
una fuerza improvisada?)

AURORA. Ya sabes cómo deseo
que seas.

ANTONIO. (Se pone pálida!)

AURORA. Ya sabes que el primer dia
de matrimonio se entabla
el concierto ó desconcierto
que ha de haber en una casa

ANTONIO. Sí, hija mia.

AURORA. De otro modo...
Yo he de mandar.
ANTONIO. Sí, tú mandas!
(La verdad es que á no estar
loca, no se lo aguantaba!)
Serás pues un... marimacho
adorable.
AURORA. Calla! calla!
No comiences en familia
descortés á usar palabras,
que de novio no se dicen
y de casado se ensartan,
como si el estar casado
de ser pulcro dispensára.
¿Hay más grosera existencia
que la de esos que se casan
y convierten la familia
en broma siempre pesada?
Llamaron cielo á su novia,
mi bien, mi vida y mi alma,
mi esposa querida luego
á aquella con quien se casan;
mi mujercita más tarde
cuando hace un mes que la tratan,
mi señora, á los tres meses,
al año dicen *fulana*,
mi mujer en la Cuaresma,
mi costilla al llegar Pascuas;
y en otoño un dia encuentran
á un pariente en la antesala
y le dicen, dile á *aquella*
que hoy cómo fuera de casa.
No! Yo no he de ser *aquella*;
yo he de ser en cuerpo y alma
la compañera amantísima,
la dulce media naranja;
señora sin señorío,
esposa, pero muy blanda,
costilla, pero sin hueso,
buena, bonita y barata!
ANTONIO. (Ay, ay, ay! qué chifladura
tan misteriosa y tan rara!)

AURORA. Mi casa ha de ser un templo
donde del amor en aras
rindas culto á mi cariño
sin recelos ni asechanzas.
La casa ofrecer intentas?
ANTONIO. Quien casa, ofrece su casa.
AURORA. ¿Y para qué es ofrecerla
si luégo no hemos de darla?
Al ofrecerla, me ofreces
á mí que soy de esa jaula
pájaro que á puerta abierta
no responde de sus alas,
y esta es costumbre que quiero
suprimir, porque me enfada
ver que tu casa es de todos
siendo yo reina en tu casa.
¿Tienes amigos?
ANTONIO. Algunos.
AURORA. Íntimos?
ANTONIO. Sí.
AURORA. Noramala!
Yo amigas tener no quiero
íntimas, listas, ni guapas,
porque entre chismes y enredos,
envidias, consejos, maulas,
galanterías, finezas,
pretextos y morondangas,
ó se producen disgustos
ó la malicia los arma.
ANTONIO. Ay, esposa de mi vida!
AURORA. Ay, marido de mi alma!
Yo en mi casita á tu lado
me he de vestir con tal gracia,
que ni en un baile de trajes
te pareciera más guapa.
No quiero bailes ni fiestas,
ni he de salir descotada,
luciendo para otros ojos
y otras hambrientas miradas,
encantos que son secretos
del hogar donde se guardan.
No, mi bien, no, mi belleza

sólo es tuya.

ANTONIO. Oh, prenda cara!
Bendita sea tu boca!

AURORA. Tu renta entera á mí pasa.

ANTONIO. Cómo?

AURORA. Tú para tenerla
y yo para administrarla:
el hombre honrado al trabajo,
su mujer ahorrando en casa,
si Dios da ciento por uno
yo daré ciento por nada,
que en vez de hacer necio alarde
de joyas, trajes y galas,
en vez de desesperarte
pidiéndote hoy una falda,
un velo, un abrigo nuevo,
un chal flamante mañana,
yo haré alarde de sencilla,
porque bajo el sol de España
donde ántes que á la riqueza
se rinde culto á la gracia,
no hay aderezo más rico
para quien bien se engalana,
que las flores recogidas
por la mano bien hallada
del galan que al ofrecerlas
las nuestras estrecha y...

ANTONIO. Basta!
Basta, esposa de mi vida,
que no sé lo que me pasa!

AURORA. Loca estoy.

ANTONIO. Y vuelves loco
á quien te escucha y se pasma
de ver que con tal locura
le estás cautivando el alma!

AURORA. Sujeto estás á mi yugo!

ANTONIO. Si ha de ser como las trazas
prometen...

AURORA. Tú me quitaste
la razon que ora me falta.

ANTONIO. Yo te volví loca? Cuándo?

AURORA. Un dia qué há un año estabas

cerca de mí, entre mujeres.

ANTONIO. Ya recuerdo... Una mañana
se hablaba de los defectos
del sexo que nos maltrata,
y se burlaban del loco
afan con que yo buscaba
sin cesar mujer y boda...

AURORA. Y yo á mis solas pensaba...
¡Yo á su lado, què daría
porque me mirase, el alma!
Mas ¡cómo se lo declaro
sin que desprecie mis ansias!

ANTONIO. Oh! Las mujeres son buenas!...

AURORA. Verdad?

ANTONIO. Sois unas alhajas!
Entónces pasaba un ciego
cantando una copla rancia:
«Las Marías son muy frias
y de puros celos rabian.»
Y yo le dije: ¡mentira!
ya el romance me empalaga;
yo cantaré de las hembras
las cualidades innatas!
Las morenas son hermosas;
las rubias, ¡ay! son muy guapas;
deliciosas las trigueñas,
y sabrosas las castañas...
Las bajitas, qué bonitas!...
las altas... estrellas; bajas...
las gordas... bellas de sobra...
las flacas, son vida y alma,
porque por algo se dijo
que naturaleza es flaca...
Las bizcas son dos mujeres
en una, porque al amarlas,
miran con un ojo firmes
y con el otro extraviadas.
Las dulces, saben á almibar,
las bravas, á resaladas,
las tímidas, son violetas,
las sensibles, pasionarias.
Bocato di cardinale

las devotas remilgadas,
porque al rezar el rosario
echan las cuentas... galanas.
Las francesas, elegantes,
las inglesas, estiradas,
las italianas, artistas,
sensibles las alemanas.
Las turcas... quién las cogiera!
Las chinas... quién las pescára!
Pero donde hay españolas,
¿qué mujeres hacen falta?
¿Dónde hay otras madrileñas
con su estatura mediana,
sus ojillos atrevidos
y sus infinitas gracias,
y encerradas en la calle
para no gastar la casa?
Las andaluzas garbosas
no son mujeres, son hadas.
Las valencianas, divinas,
esbeltas, sensibles, lánguidas.
Las catalanas, no hay otras...
Bien dicen las catalanas,
que fuera de Barselona
ni hay *elegansia* ni hay nada.
Qué dulcísimas gallegas!...
¡Oh hermosuras ponderadas!...
La riojana es de fuego,
la aragonesa es bizarra,
y las castellanas viejas,
viejas y todo me bastan.
Oh, mujeres españolas,
en todo el mundo admiradas,
yo he de cantar vuestro encanto
con la histórica guitarra,
que mientras haya en el mundo
rubias, morenas y blancas,
corazones que cautiven,
noble sangre y pura raza,
y hombres que pierdan la vida
por su patria y por su dama,
ni es hombre ni español sea

quien viendo tan lindas caras
no cante conmigo á coro:
¡Vivan las hembras de España!

AURORA. Ay, esposo de mi vida!
loca estoy ya rematada:
mi suerte pongo en tus manos
pues por tí vuelvo á la calma.
Loca me has visto furiosa,
tuya era la culpa; basta
de locura, yo te juro
que no has de verme alterada.

ANTONIO. Mas cómo responder puedes
de tu razon, desdichada,
si el dia ménos pensado
en un descuido me matas?

AURORA. Oye!!

ANTONIO. (Qué le da, Dios mio!)

AURORA. Loca para todos... Calla!
Cuerda, para hacer la dicha
de los dos.

ANTONIO. Eso me basta.

AURORA. Llama á tu tio y convéncele.
Llama á tu tia y que aplauda.
Yo volveré... Adios! (*Váse.*)

ANTONIO. Señores,
esto no es mujer, es hada,
misterio, espíritu, sombra,
todo, mucho, poco, algo...
mujer como no se halla
en el mundo, y yo estoy loco
tambien, y sólo me falta
emprender á coscorrones
con todo el que me combata
este amor que ya domina
mi corazon y lo inflama...
Sea, pues, lo que Dios quiera!
Tio!—Tia!—Aquí!—Ah de casa!

ESCENA IV.

ANTONIO, D. CALISTO, DOÑA GUADALUPE, JOSÉ.

TODOS. Qué ocurre?

Vengan corriendo.

ANTONIO. Ocurre un caso muy grande,
ni yo sé lo que me pesco,
ni mi señora lo sabe,
pero yo estoy decidido
á todo.

JOSE. Dí, botarate,
no te está bien empleado?

CALISTO. Dispénseme usted, soy padre:
siento que usted, don Antonio,
crea que voy á probarle
que no está loca la niña;
pero ese poder del diantre,
esa boda que yo ignoro
si se ha hecho y si es viable...
porque me parece á mí
que es cosa de que se aclare...
no es verdad? Digo, hijo mio,
y le ruego no se enfade...
pero si usted me permite
que hijo de mi alma le llame!...
Digo yo... á mí me parece
que tengo razon al darle...

ANTONIO. Me parece que yo tengo
derecho á que usted se calle
y me deje hablar.

CALISTO. Sí, hombre.
El trato...

ANTONIO. Bueno, pues cállate,
papaito, calla y oye,
no seas inaguantable!

JOSE. Hablarás?

ANTONIO. Pues si está loca
declaro que las formales,
las juiciosas, lo parecen,
pero están todas iguales
y son aun más locas ellas
que las que pasan por tales;
y que el juicio es una estafa
que las mujeres nos hacen,
y que tengo yo una esposa
que no la cambio por nadie.

CALISTO. (Ay! Que tambien está loco!)
GUADAL. Bravo!
CALISTO. Hijo mio, oye aparte;
ven acá, siéntate un poco:
repara que es cosa grave
vivir al lado de locos,
porque suele contagiarse
nuestra razon y se han visto
de estos casos á millares.
Yo siento por primer dia
de parentesco agraviarte,
si es que te agravia el consejo...
Te agravia? ¿Crees que un padre
puede faltar á las formas...
y decirte las verdades...
ANTONIO. Usted si que está chiflado.
JOSE. Pero Antoñito...
GUADAL. Dejarle!...
Cuando él dice lo que dice...
ANTONIO. Mi mujer no quiere trajes;
detesta las diversiones
fútiles, odia los bailes;
quiere vivir para mí
nada más.
JOSE. Pero hay que hablarte
de otra cosa: ese bodorrio
no es válido.
GUADAL. Disparate!
JOSE. Qué cura os casó?
ANTONIO. Uno tuerto,
con una nariz muy grande,
un balazo en un carrillo,
y un sablazo en el gaznate
y otro sablazo que yo
le he dado con no pagarle.
(Así, desbarrando todos
quedamos todos iguales!)
JOSE. Pero si no hubo contrato!
CALISTO. Es verdad.
GUADAL. Y eso qué le hace?
JOSE. Ni se han velado.
ANTONIO. No importa.

Yo he de velar de aquí al martes,
porque yo no tengo sueño,
ni puedo tenerlo nadie
en mi caso.

CALISTO. Oye, querido:
la tierna voz de tu padre
te probará que en efecto
la boda es extravagante,
y perdona si te ofende
lo violento de la frase;
pero yo quisiera, empero,
si tú me lo tolerases,
ver al señor sacerdote
que ha tenido el apreciable
valor de casarte así...
de una manera tan fácil.
—No, querido, no te alteres,
no te incomodes, bastante
disgusto tenemos todos
con este espantoso lance;
pero las cosas se piensan,
se discuten, se combaten,
se aprueban y se resuelven,
y hay casos que son fatales,
fatalísimos, vitandos!...

ANTONIO. Pitando va usté á salir
si sigue en sus necedades
insufribles!

ESCENA V.

DICHOS, la DONCELLA.

DONC. Esta carta
para usted, y el que la trae
dice que ayer al cartero
se le olvidó.

ANTONIO. Cosa grave
debe ser, que las desgracias,
como las enfermedades,
suelen entrar por arrobas
para salir por adarmes.
Del amigo Serra!

JOSE. Serra?
GUADAL. Cielos!
ANTONIO. Sí, dándome parte
de haber cumplido mi encargo
casándose.
JOSE. Ah! de ese infame!...
ANTONIO. Casándose por poderes
con Aurora!
GUADAL. (Ay!)
ANTONIO. Ayer tardó
debió llegar, es muy claro;
pero Aurora vino ántes.
Es claro! Verdad? Es claro!
GUADAL. (Esto puede ser muy grave!)
ANTONIO. «Querido Antonio. Tu boda
me parece un disparate,
y ademas es imposible
como voy á demostrarte.»
(Movimiento de asombro en todos.)
GUADAL. (Qué contrariedad, Dios mio!)
ANTONIO. «La novia que, como sabes,
decía que le gustabas
y me prometió casarse
contigo, ya se arrepiente
porque se opone su madre.»
CALISTO. Su madre! Si mi señora
se murió diez años hace
de cálculos en el hígado,
segun todo el mundo sabe!
ANTONIO. De cálculosos engañosos
voy á morir yo esta tarde!
JOSE. Sigue!
ANTONIO. Dios mio, qué es esto?
«Su tia, que tambien hace
fuerza en el asunto...»
CALISTO. Cómo?
Su tia? Mi hermana Cármen?
Si falleció en Puerto-Príncipe
de unos vómitos de sangre,
y era, dicho sea en su honra
y sin ofender á nadie,
un ángel por su ternura!

Sí, querido amigo, ¡un ángel!
Tal vez del cielo ha venido
para oponerse á tu enlace,
porque el caso...

ANTONIO. Bueno, bueno,
déjeme usted que yo acabe
de leer.—«Lástima ha sido
que este casorio no cuaje,
porque el padre lo aplaudía.»

CALISTO. Yo?

ANTONIO. «Lo deseaba.»

CALISTO. Diantre!

ANTONIO. «Y sé yo que había dicho
que aunque eras un botarate,
como tenías dinero
pasaba por ser tu padre,
á pesar que tu familia
era *cursi*, inaguantable,
ridícula!...»

CALISTO. Basta, basta!
Señores, por lo que amen
más en el mundo, les ruego
que no crean esas frases
insolentes, descorteses,
que personas de mi clase
no pronuncian! ¿Cómo, cuándo
es posible que yo trate
de ofender á unas personas
tan dignas, tan respetables...
Don José, usted me conoce!
Señora!... Hijo mio!...

ANTONIO. Padre!
Padre eterno! Padre mosca!
Padre... de quien se lo llame!...
cállese usted ó me tiro
por esa ventana!

GUADAL. Cálmate.

ANTONIO. ¿Qué me he de calmar, señora,
si ya no sé qué percances
son éstos y qué acontece,
y si soy soltero ó...

JOSE. Dame...

ANTONIO. No puedo más! Estoy malo!
Esto es grave! Esto es muy grave!
(Dejándose quitar la carta por D. José y yendo á caer sobre una silla.)

JOSE. (Leyendo.) «Tu novia sale mañana
»para Madrid con sus padres:
»hoy está en cama y se excusa
»por mí de desengañarte.»
—Pues ésta quién es?

CALISTO. Mi niña!
Mi Aurorita!

ANTONIO. Oh, fiero lance!
¿Y usted? (Á Doña Guadalupe.)

GUADAL. Para darte un susto
te engañé.

ANTONIO. En aquel instante
lo sentí por la locura,
mas como luégo esta tarde
vi que la razon le torna,
que me quiere, que con arte
dichosa el amor en mi alma
nacer con sus gracias hace...
Mas ¿qué importa! Yo la quiero;
loca ó no, quiero enlazarme
con ella!

JOSE. Pues! la manía
del casamiento.

ANTONIO. Á su padre
se la pido.

CALISTO. Y yo, querido,
su mano debo negarte;
si está loca, por lo mismo,
si está cuerda, porque el martes
de la semana que viene
con otro debe casarse
á quien la tengo ofrecida,
y con cuya union y enlace
mi hija será millonaria...

ANTONIO. Y usted será un miserable!

JOSE. Antonio!

GUADAL. Sobrino!

CALISTO. Siento,

querido mio, faltarle,
pero no es por ofenderle.
Usted es jóven, amable,
buena figura, hombre digno,
dignísimo... pero hay trances...

ANTONIO. Dinero! Quieres dinero?
Pues yo soy rico! Mi padre
me dejó una gran fortuna,
que el dia en que yo me case...

JOSE. (Dios mio!)

ANTONIO. Aquel mismo dia
mi tio debe entregarme...

JOSE. (Ah!)

ANTONIO. Ya dispuesta la tiene,
verdad? y él, aunque combate
mis bodas, es por cariño:
ya sé que el dia en que alcance
yo la dicha de llamar
á Aurora mi esposa...

CALISTO. ¿Hay tales
novedades?

ANTONIO. Dirá ¡toma!

CALISTO. Qué dichosas novedades!

ANTONIO. Verdad, tio?

GUADAL. Verdad, Pepe?

JOSE. Sí; pero cuando te cases
con mujer cuerda!

CALISTO. Es muy cierto

JOSE. Sino, no.

ANTONIO. Cuerda es y amante;
yo no sé lo que aquí pasa,
más mi corazon es grande...
Yo amo á Aurora! Aurora mia!

GUADAL. Héla aquí!

JOSE. Dios nos ampare!

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, AURORA.

AURORA. Ya lo oís; con mujer loca
pensó que casado estaba
y loca y todo la amaba,

si no ha mentido su boca:
mas ya mi locura es poca
para ocultar mi ruindad,
que la triste realidad
descubre esa carta ¡ay cielos!
y ya mis locos anhelos
desvanece la verdad!

JOSE. Llora!

ANTONIO. Vuelve á la razon.
Loco que llora, se cura.
Yo quiero á esta criatura
con todo mi corazon!

AURORA. Yo os quiero pedir perdon
de la farsa que fingí;
de esta anciana la aprendí.

TODOS. Cómo!

GUADAL. Fueron trazas mias.

JOSE. Bien dije yo que tú harías...

GUADAL. Cuanto te pesara á tí.

ANTONIO. Y usted, padre desalmado,
que sólo sabe usté hablar,
¿por qué viéndola llorar
se queda usted tan callado?

CALISTO. Yo tengo ya preparado
su casamiento en Bayona,
con un hombre á quien abona
su apellido y valimiento
y es un hombre de talento
y una excelente persona.
Usted que es hombre de ciencia
y de claro entendimiento,
usted que tiene talento
y usted que es todo sapiencia,
díganme con su experiencia
si quieren prestarme auxilio,
y aquí en familiar concilio
hablen los dioses mayores
númina magna, señores,
como diría Virgilio.
Un medio, una solucion
de aqueste amoroso enigma;
no echen sobre mí el estigma

de padre sin corazon!
¿Os ofende mi intencion?
Soy pesado? Soy molesto?
Hay ofensa en lo propuesto?
Dije alguna inconveniencia?

ANTONIO. Pero, Dios mio, hay paciencia
que pueda soportar esto!!

JOSE. Basta!

CALISTO. Bueno, callaré.
Si yo con nadie me meto
ni á nadie falto al respeto!

GUADAL. Pues hombre, cállese usté!

AURORA. Yo la solucion daré.

TODOS. Ah!

AURORA. Ya el disimulo es vano.
Mi padre intenta tirano
casarme con otro...

ANTONIO. Oh! no!

AURORA. Porque rico le juzgó.

ANTONIO. Rica te haré con mi mano.

CALISTO. Ese ya es otro cantar.
(Rico, por rico te atrapo.)
Pues eres mucho más guapo
que...

ANTONIO. Se quiere usted callar?

AURORA. Tu tio no ha de mirar
la boda con mncho gusto.

GUADAL. Su carácter es adusto...
Pero aprobará!

JOSE. (Ah, traidora!)

AURORA. No aprobará, no señora,
tendrá en ello un gran disgusto.

ANTONIO. Mas no entiendo...

AURORA. Una fortuna
te ha de dar que tuya fué
y él ha consumido...

TODOS. Qué!!

JOSE. (Oh, acusacion importuna!)

AURORA. No tengas pena ninguna.
Me quieres?

ANTONIO. Puedes dudar?...

AURORA. Pues me lo vas á probar.

Renuncia á tu patrimonio...
y en la paz del matrimonio
vuélvelo á recuperar!

ANTONIO. Mas cómo!

AURORA. Aprendiendo á ser
por milagros del amor,
marido trabajador
y sostén de tu mujer:
y así podrás ofrecer
á quien se sintió morir
si no podia vivir
junto á tí constantemente,
la victoria del presente
y el afán del porvenir.

GUADAL. Bendita sea tu boca!

AURORA. Dicho y hecho.

CALISTO. Hablas formal?

ANTONIO. Renuncio á mi capital.

JOSE. Bien dije yo: no está loca!

AURORA. Ahora procurar te toca
por mi padre.

ANTONIO. Si te empeñas...
lo mantendré.

CALISTO. Con pequeñas
muestras de afecto y de amor...

AURORA. Hágame usted el favor
de agredecerlo por señas!
Cuerdo usted, jugó una hacienda (Á D. José.)
que no era suya, por vicio.
Mi padre, lleno de juicio,
de mi boda hizo prebenda.
Tú tenías una venda (Á Antonio.)
que ojos y alma te ofuscó,
y nunca ver te dejó
quien vivía para tí...
Hacedme justicia á mí,
que aquí la loca... ¡fuí yo!

FIN DEL PROVERBIO.